

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

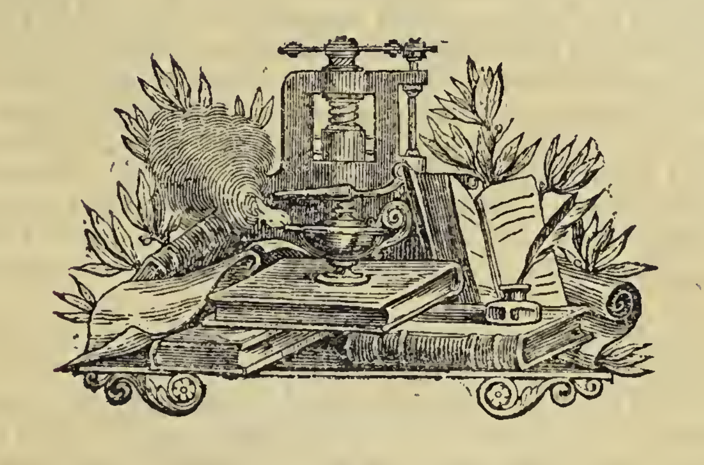
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA, *publicadas hasta 1.° de Mayo de 1853.*

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomberg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con su razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Celos infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, primera parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desconfiado.—Desengaño en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dumont y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egiloná.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y ambicion.—Escomulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—Fernan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvíos.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Fé, esperanza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garcilaso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo Colman.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—H

EL HONOR ESPAÑOL.

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVA, NÚM. 6.

1841.

PERSONAS.	ACTORES.
WASHINGTON.	*D. José Perez Pló.*
EL GENERAL ARNOLD.	*D. Lázaro Perez.*
EL GENERAL CLINTON.	*D. Pedro Sobrado.*
EL MAYOR ANDER.	*D. José Castañon.*
EL MAYOR FORSTER.	*D. Juan Fernandez.*
EL CORONEL HAMILTON.	*D. Manuel Garcia.*
EL SARGENTO TOMPSON.	*D. Mariano Fernandez.*
EL SARGENTO GROOM.	*D. Ignacio Silvostri.*
DON JUAN DE MENDOZA, *capitan español.*	D. Florencio Romea.
ZAMOR, *gran cacique de los Mohicanos.*	D. Julian Romea.
DUNCÁL, *mohicano.*	D. Lorenzo Paris.
CLARA.	*D.ª Matilde Diez.*
NEALIA.	*D.ª Trinidad Parra.*

OFICIALES Y SOLDADOS, *ingleses, americanos y españoles.*
PUEBLO.
CONSTABLES, &c.

La accion pasa en la América del Norte en 1780.



Acto primero.

El teatro representa el vestíbulo de la casa de campo del general Arnold, junto á Filadelfia: una especie de galeria de entrada, de suntuoso aspecto.

ESCENA PRIMERA.

TOMPSOM. NEALIA. ZAMOR. SOLDADOS AMERICANOS. PUEBLO.

(*Las gentes del pueblo rodean á Thompson, el cual está de pie junto á una mesa, donde un soldado va escribiendo los nombres de los alistados.—Zamor á un lado, apoyado contra una puerta, lo observa todo en silencio.*)

Thompson. Ea, muchachos, nuestro padre, nuestro salvador, el general Washington pide brazos que le ayuden á echar del pais á esos pícaros ingleses... El que esté dispuesto á morir por la libertad de la América, que levante el dedo.

Todos. Yo!... yo!... (*Agolpándose á la mesa.*)

Thompson. Poco á poco... qué diablo!—(*Al soldado.*) Ve escribiendo los nombres uno por uno... Para todos habrá sitio en el campo de batalla... lo mismo que en el rancho.

Nealia. Y ademas, ofrezco dar un abrazo á todo el que se aliste.

Todos. Bueno!... bueno!...

Thompson. (*Yendo á abrazarla.*) Entonces, yo que estoy alistado hace ya tiempo...

Nealia. Venga!— haré este sacrificio por mi pais.

Un mozo. Yo me alistaria de buena gana; pero tengo á mi madre enferma, y si le falta mi trabajo se morirá de hambre.

Thompson. Díselo al general Washington, y tu madre tendrá que comer mientras tú te bates con los ingleses.— (*Dirigiéndose á otro.*) Y tú, hombre, no te alistas? con esa talla y ese aire!... Apuesto á que antes de tres años eres sargento, como yo.

Otro mozo. Lo creo; pero voy á casarme dentro de un mes...

Thompson. Mejor!— dentro de un mes ya se ha acabado la guerra, y los ingleses te pagarán los gastos de la boda. Ea, muchachos, ánimo! — (*Los empuja hácia la mesa donde continúa el alistamiento.*) Esto es: en otros paises ofrecen al soldado vestuario, buena paga, zapatos... y aun hay que llevarlo por fuerza! —Aqui no se obliga á nadie: no se da paga, ni pan, ni zapatos, nada!... no se hace mas que decir á los americanos: «la Inglaterra os aniquilaba á fuerza de contribuciones: nadie aqui podia casarse, ni morirse, ni nacer, sin pagar derechos: bastante hemos trabajado para que cueza la marmita de Jorje III, rey de la Gran Bretaña: tiempo es ya que trabajemos para que cueza la nuestra: todo lo que nos falta lo encontraremos en el campo de los ingleses, que nos lo han robado: Vashington nos guia: marchemos á conquistar la libertad!

Todos. A la libertad!

Thompson. Y asi acuden todos tan aprisa, que hay que poner centinelas para que no se echen encima.—Buenos patriotas!... esto da gusto verlo!—Viva Vashington!

Todos. Viva.

Thompson. Vaya, está ya lleno el alistamiento? (*Toma la lista.*) Demonio! faltan cuatro números.—Cómo es esto! la ciudad de Filadelfia no ha de llenar su contingente?

Nealia. Ah! si yo pudiese volverme hombre, como siempre lo he deseado, no faltarian mas que tres.

Thompson. Vamos, hijos, es necesario que me busqueis esas cuatro plazas que faltan.

Un viejo. (*Que sale trayendo sus tres hijos.*) Aqui estan!— Le traigo mis tres hijos al general Vashington... y el cuarto soy yo.

Todos. Viva!... viva!...

Thompson. Buen viejo!... venga esa mano!— (*Al soldado.*) Inscribe á los cuatro.

Nealia. Guapos muchachos son los tres! mejor les hubiera dado á ellos el abrazo, que no al sargento Thompson.

Thompson. Eh! ya está lleno el cupo.—Viva la América!

Todos. Viva la América! (*Oyense cañonazos muy lejanos.*)

Todos. Qué es eso!...

Thompson. Nada: es la salva con que saludamos á las tropas españolas que nos envia el rey Carlos III como auxiliares, y que estan desembarcando.—Muchachos, salgamos á su encuentro: vamos á recibirlos como hermanos, porque vienen á pelear por nuestra libertad! viva España!

Todos. Viva España! (*Vanse todos, escepto Zamor y Nealia.*)

ESCENA II.

NEALIA. ZAMOR.

Nealia. Y tú, Zamor, qué haces ahí?

Zamor. Ya lo ves: mirar y esperar.

Nealia. Esperas acaso al general Arnold?

Zamor. Al general Arnold? Dios me libre! — No le conozco, ni tengo el mayor deseo de conocerle: á quien espero es á su hija... á la señorita Clara.

Nealia. La señorita no está en casa: marchó esta mañana á Filadelfia á ver el desembarco de los españoles... sin llevarme á mí, que es lo que he sentido... porque me gusta tanto verlos!... son tan galantes con las mugeres!...

Zamor. La ciudad está cerca, y la señorita Clara no puede tardar en volver: la esperaré; porque es absolutamente necesario que yo la hable: á no ser por esta precision, nunca hubiera yo puesto los pies en la casa de campo del gobernador de Filadelfia.

Nealia. Qué, no te gusta el general?

Zamor. No: y eso que mis ojos no han visto nunca su cara, ni su voz ha sonado jamas en mis oidos: pero la fama que tiene de inflexible, de duro, de avaro, de orgulloso, me hace aborrecerle por instinto.

Nealia. Pues no tienes razon: si vivieras aqui, verias que bien se pasa.

Zamor. Pues poco há decia ese sargento que los soldados americanos no tienen pan: será que esa regla no se estiende á los generales.

Nealia. Es que el general Arnold dicen que tiene mucha renta.

Zamor. Sí: creo que tiene tanta renta como contribuciones el pais. El dinero del pueblo crece entre sus manos; pero crece en provecho de él. No hay general americano de mas talento... para el comercio.

Nealia. Por eso, esta quinta, semejante al principio por su pobreza á una toldería de indios, y que segun dicen, fue construida por un tal Guillermo Penn, uno que no gastaba botones en la casaca y que fue el inventor de los sombreros de ala ancha, para que sirviesen de quita-sol, se ha convertido ahora en un palacio... y qué lujo! yo, que soy una criada, tengo criados que me sirven... y qué saraos! qué festines!... Vaya, cada dia estoy mas contenta!

Zamor. Eso dices tú, Nealia!... tú, nacida y criada en el seno de nuestra tribu, y separada de ella hace tan poco tiempo!

Nealia. Y ojalá hubiera sido antes!... En nuestra tribu las pobres mugeres pasan la vida en obedeceros como esclavas: en las ciudades, al contrario, ellas son las que mandan á los hombres. En nuestras tolderías, el hombre puede tener muchas mugeres, lo cual es una inmoralidad: y aquí... aquí sucede al revés. En fin, Zamor, los blancos saben vivir mejor que vosotros. Y tú no deseas civilizarte?

Zamor. No deseo corromperme.

Nealia. Pues teniendo esas ideas, por qué has dejado nuestra tribu? por qué te has venido á las ciudades?

Zamor. Por qué? No es facil, en efecto, Nealia, que tú lo hayas adivinado; pero aun no te juzgo indigna de saberlo: la corrupcion de los blancos no puede haber contaminado todavía tu corazon. Escucha: me preguntas por qué he dirigido mis pasos á estas ciudades que aborrezco? Los he dirigido porque la voz del Grande-espíritu me ha gritado que aqui, lejos de nuestros desiertos, hallaría la que estoy buscando.

Nealia. No te entiendo...

Zamor. Oye, y lo sabrás todo.—Veinte años há—tú no habias nacido aun—la América y la Inglaterra no formaban mas que un solo pueblo, y todos combatian bajo la

misma bandera. Por entonces un noble caudillo ingles llevó la guerra á los confines del Canadá: penetró en las tolderías de los mohicanos, vió á mi madre y la amó. Todavia era mi madre jóven y hermosa, aunque tenia un hijo de quince años. Mi padre, cacique de la tribu, y llamado *el Aguila*, habia muerto en la guerra. Mi madre fue, pues, la compañera del general ingles, y á poco tiempo dió á luz una hija. Cierta noche, estando yo durmiendo en la toldería, oí entre sueños gritos y lamentos de desesperacion... era mi madre á quien el general ingles habia robado su hija para llevársela á las ciudades y gozar él solo de su amor.

Nealia. Miren el egoista!

Zamor. Levantéme al punto, y tomando el hacha de mi padre, corrí en persecucion del raptor. Descubri su huella; y cuando logré alcanzarlo ví que habia dado en una emboscada y lo hallé á la cabeza de su escolta peleando como un desesperado. Así que me vió me dijo estas palabras: "Salva á mi hija, allí está;» y me señaló con el dedo una miserable cabaña. Corrí hácia ella; pero en el momento de llegar á la puerta una bala que me hirió en este hombro me hizo vacilar. Entré sin embargo, y llegué á donde estaba mi hermana; pero cuando quise tomarla en los brazos, me faltaron las fuerzas, y caí desmayado en el suelo.

Nealia. Pobre Zamor! Y estuviste mucho tiempo sin sentido?

Zamor. No lo sé. — Cuando volví en mí, era de noche, y oía ya muy lejano el ruido de la batalla. De repente, un hombre, un oficial ingles entra en la cabaña y trata de apoderarse de mi hermana; yo me agarro á ella con toda mi fuerza; pero él, de un sablazo me tiende á sus pies, y arranca la niña de mis brazos diciéndome estas palabras: "Atras, miserable, atras!" Fueron las únicas que pronunció, pero el sonido de su voz, el acento con que las dijo retumban ahora en mis oídos como si las acabara de oir. Ah! esas palabras estan aquí grabadas... "Atras, miserable, atras!" Le estoy oyendo!

Nealia. Qué infame cobardia!

Zamor. Despues supe que el padre de mi hermana habia muerto en aquel encuentro, y que un destacamento ingles que vino en su socorro habia vengado su muerte. Uno de los oficiales de este destacamento fue quien me robó

la niña; pero no pude averiguar su nombre, y me volví á buscar á mi madre y á contarle la triste noticia.

Nealía. Pobre muger!

Zamor. Cinco años despues, siendo yo cacique de la tribu, mi madre próxima á morir, me llamó á su lado y me dijo: «Hijo mio, yo me vuelvo al seno del Grande-espíritu, voy á habitar las verdes praderas donde está tu padre: júrame hacer cuanto esté en tu mano por descubrir el paradero de tu hermana: si lo consigues, júrame velar por su suerte. Cuando yo la dí á luz, exigí de su padre que hiciese por ella lo que acostumbran hacer los blancos con sus hijos, y su padre me dió este escrito que yo ahora te confio.» Me alargó con trabajo este papel, y cayó sin vida en el lecho. Entonces juré sobre su cadaver cumplir la obligacion que me habia impuesto, y aunque mi pueblo no queria dejar marchar á su amado cacique, yo me alejé de allí y vine á las ciudades á buscar el hombre que me ha robado mi hermana. El debe estar en uno de los dos campos... y yo le hallaré... á menos que haya muerto; lo que acaso ha permitido el Grande-espíritu, porque hasta ahora no he podido hallar el menor indicio que me lo descubra.

Nealia. Ya! si ha muerto y te empeñas en hallarlo, pobre Zamor, te vas á volver loco! (*Prestando el oido.*) Pero no me engaño: la señorita Clara está de vuelta.

ESCENA III.

DICHOS. CLARA.

Clara. (*Sin ver á Zamor.*) No ha vuelto mi padre?

Nealia. No, señora, tambien fue á Filadelfia.

Clara. (*Aparte.*) No le he visto!... Entre los oficiales españoles que han desembarcado, no estaba... ni ninguno que me diera noticias suyas! Se acabó: ya he perdido toda esperanza.

Zamor. (*Aparte á Nealia.*) Parece que tiene algun pesar.

Nealia. (*Aparte á Zamor.*) Siempre está asi desde su vuelta de España.

Clara. (*Aparte.*) Y mi padre, que cada vez está mas caviloso... cuales serán sus proyectos!... Dias há que pronuncia muy á menudo el nombre de Anderson...

Nealia. (*Aparte á Zamor.*) Voy á presentarte. (*A Clara.*) Señorita, aquí esta Zamor el mohicano.

Clara. Zamor!... muy bien venido á la quinta del general Arnold, cuya hija os debe la vida. Nunca olvidaré el dia que internándome imprudentemente en el bosque...

Zamor. No hableis de eso, señorita: cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo. Os ví acometida por una pantera, y viendo que iba á perecer la persona mas querida y respetada de la provincia, traté de salvaros, y para ello no hice otra cosa que continuar mi caza: tuve la fortuna de hacer buena puntería y..: No diré lo mismo de un ciervo que maté hace pocos dias...

Clara. Qué decís?

Zamor. Digo, señora, que si no intercedeis en mi favor, me van á tener preso tres meses... y por qué? por haber cazado un ciervo cuando el hambre me devoraba.

Nealia. Eso será una injusticia!

Clara. Ya caigo... está prohibida la caza.

Zamor. Y por qué se ha de prohibir la caza? Dios no ha criado los ciervos y los gamos del bosque para alimento del hombre?

Clara. Pobre Zamor!

Zamor. (*Con calor.*) Yo he habitado siempre lejos de las ciudades: yo he construido con mis manos mi toldería en medio de los bosques; he apagado la sed con agua del cielo: me he sustentado con las frutas del monte y con la caza; y en recompensa de esta vida pacífica y solitaria, me condenan á pasar tres meses de mi vida encerrado entre cuatro paredes!... y á esto llamais justicia! Ah! señora!... vos no sabeis lo que es la libertad para un indio. No, no! primero que dejar que me encierren, me haré matar... y os lo prevengo, mi muerte os costará cara!... Quién?... yo... Zamor!... privado por tres meses del aire y de la luz! El aire!... la luz!... únicas cosas que el hombre no ha podido civilizar!

Nealia. No hay quien pueda con él!

Clara. Tranquilizaos, Zamor, tranquilizaos!... Yo hablaré á mi padre, le pediré el perdon, y lo conseguiré: pero en adelante...

Zamor. En adelante... comeré tambien cuando tenga hambre!

Nealia. (*Que ha ido hácia el foro.*) Ahí está el general.

Clara. Mi padre!

Nealia. Viene con varios oficiales... y no trae muy buena cara!

Clara. Qué le habrá sucedido?... suspenderé por ahora el hablarle de vos... y bueno seria que no os hallase aquí.

Zamor. Mañana volveré á saber lo que habeis conseguido, entretanto estaré oculto... A Dios, señora. (*Dirígese al foro.*)

Nealia. Por ahí no!... te vas á encontrar con ellos.

Zamor. Pues bien: por aquí... (*Yendo hácia la ventana.*)

Nealia. Eso es, por la ventana. No haya miedo que nadie te siga.

Clara. Por la ventana!

Zamor. No temais!... yo me tiro de rocas escarpadas... algo mas altas que esto. Hasta mañana, señora. (*Salta por la ventana.*)

Nealia. Ah! ah! ya está en el campo. Vaya un modo de bajar!... mejor que nosotros por la escalera.

Clara. Ven, Nealia: esperemos que mi padre esté solo para pedirle el perdon de Zamor. (*Entrase en su habitacion con Nealia.*)

ESCENA IV.

EL GENERAL ARNOLD. THOMPSON. HAMILTON. OFICIALES AMERICANOS. CONSTABLES.

Arnold. (*A los oficiales.*) Lo repito, señores: no entiendo porque un pais tan poderoso como es ya el nuestro, ha de hacer esos estremos necios de alegria porque llegan auxilios de España: auxilios que tanto tiempo hemos mendigado en vano. Hace dos años, cuando nuestro compatriota Silas Deane fue enviado cerca del gabinete de Versalles, fuí yo tambien enviado á Madrid y solo obtuve respuestas evasivas y dilatorias de ese orgulloso conde de Aranda y buenas palabras del rey Carlos III. Y ahora, porque se ha firmado esa alianza tanto tiempo deseada, toda la América se vuelve loca de alegria y dispone fiestas y regocijos, como si no hubiéramos podido contar con la victoria hasta la llegada de los españoles. Ya se les prodigan empleos y grados militares, en perjuicio nuestro. Pues yo no quiero permitir que los oficiales que están á mis órdenes vayan á recibirlos, como si fueran sus hermanos.

Hamilton. Mi general, permitidme que os advierta que el general Vashington, nuestro caudillo...

Arnold. Aquí no es él quien manda sino yo. Entre las comunicaciones que he recibido esta mañana, la mas importante es relativa al mayor Ander, ese famoso espía ingles, que segun dicen, está en Filadelfia bajo nombre supuesto. Me encargan que redoble mi vigilancia... Todos los correos me traen nuevas instrucciones acerca de este hombre que nadie ha podido descubrir. Y el general Vashington da una importancia verdaderamente singular á la captura de este espia.

Hamilton. No lo estrañeis, general: el mayor Ander es en efecto un hombre muy temible por su astucia y su osadia: es ademas, amigo del capitan Smith, de ese tránsfuga americano, que ha jurado entregar su pais á los ingleses, y le ha dado instrucciones y noticias que pueden perdernos, y que el mayor Ander ha puesto ya en práctica; tales como poner á precio de oro, entre los indios, las cabezas de los americanos.

Arnold. Bien. Pero un general americano no ha de ser espia de los espias; eso les toca á los constables. He aquí la comunicacion. (*Dándosela á los constables.*) Señores, sé que todos los dias se infringe la orden que he dado prohibiendo la caza.

Un constable. General, es muy dificil persuadir á los habitantes del pais de que no tienen derecho de cazar en los bosques para alimentarse.

Arnold. Pues que se persuadan: yo lo mando. Nadie ha de cazar sin permiso mio.

Constable. (*Aparte.*) Y buen dinero cuesta el permiso!

Arnold. Sargento Thompson, ahí teneis la lista de los que hay que prender para que sufran los tres meses de prision por delitos de caza. (*A los constables.*) Qué hay acerca de la contribucion estraordinaria y urgente que acabo de imponer á la ciudad de Filadelfia?

Constable. Muchas personas se han negado á pagar.

Arnold. Se han negado?... y vos habeis sufrido...

Constable. Segun vuestras órdenes, hemos puesto presos á los pobres, y embargado á los ricos. Pero tenia entendido que una diputacion de los vecinos se habia presentado á haceros observaciones...

Arnold. No he querido recibirla. Nada me tienen que decir.

Cuando un pais está sometido á las leyes militares, debe obedecer las órdenes del general en gefe, sin replicar. El dinero que se ha percibido debia ya estar aquí: os mandé que me lo enviaseis ayer tarde.

Constable. Ayer mismo se dieron las órdenes al efecto, y no sé como no lo han traido.

Arnold. Sargento Thompson, tomad algunos soldados, seguid á estos señores á la tesoreria, y traedme inmediatamente ese dinero. Marchad, señores.

ESCENA V.

ARNOLD *solo.*

Necesito ese dinero... lo necesito hoy mismo. Digan que es injusticia, tirania... poco me importa: nada me hará desviar del camino que me he propuesto seguir. Cuando estalló el levantamiento de este pais, creí que en medio del trastorno social, pondrian los ojos en mí para colocarme á la cabeza de los americanos... y por eso abracé su partido... Sino, que me importaban á mí esas voces de independencia y de libertad... para mí no tienen mas significacion que el mando y las riquezas... este era mi objeto. Pero un hombre se me puso delante y fue preferido! Vashington los ha seducido con ese aire de sencillez republicana!... En fin, veo que... de las dos cosas, una se me ha ido de las manos, el mando; y es preciso adquirir la otra. Me he procurado oro por cualquier medio y á cualquier precio, y lo he derramado á manos llenas para hacerme partidarios contra Vashington... he contraido compromisos... he dado mi firma por cantidades exhorbitantes... hoy cumplen los plazos... sí, hoy 10 de setiembre. Y gracias al auxilio de Anderson que me ha dado las sumas con que he podido pagar los réditos á fin de que me esperasen hasta hoy. No ha sido poca dicha haber contraido relaciones de amistad tan íntima con ese Anderson... es particular!... un hombre á quien no he conocido sino de pocos meses á esta parte... desde que ha venido de vuelta de sus viajes, á establecerse en su patria... Esa generosidad tan repentina me hizo sospechar al principio... pero ya he adivinado el secreto... está enamorado de mi hija...

No es á mí, es al padre de Clara á quien él quiere tener propicio... Aqui viene.

ESCENA VI.

ANDERSON. ARNOLD.

Arnold. Bien venido, señor Anderson... no os esperaba tan pronto.

Anderson. Me he apresurado á venir, general, para advertiros de lo que pasa. Vuestros enemigos han obrado con el mayor secreto.

Arnold. Mis enemigos?... qué quereris decir?

Anderson. El consejo de Pensilvania acaba de denunciar vuestra conducta al general Vashington, y de elevar al congreso una queja contra vos.

Arnold. Contra mí?

Anderson. General, os hablo de vuestros enemigos, y os digo que no hay nada que no inventen para perderos.— Os acusan de abandono por la causa de los Estados-Unidos, de escesivo lujo, de deudas... en fin, hasta de concusion y dilapidacion.

Arnold. Miserables!

Anderson. Qué os habia yo dicho?— No seré yo quien se meta en una revolucion, temeraria cuando menos, para perder la fortuna que he adquirido honrosamente en el comercio: la América es un pais ingrato con sus hijos!— Escuchadme, general; yo veo las cosas sin pasion, como son en sí, y no puedo menos de comparar los dos pueblos. Os acusan de gastar y tener lujo, cuando el último coronel del ejército inglés vive mucho mas suntuosamente que vos: os llaman delincuente por haber impuesto una contribucion... arbitraria si se quiere, y el rey Jorge III acaba de doblar el sueldo á sus generales, despues que se han comido millones...— El rey de la Gran Bretaña premia siempre: los Estados-Unidos dan las gracias alguna vez... recompensa que no arruina ciertamente á ningun gobierno.

Arnold. Esperemos...

ESCENA VII.

DICHOS.— THOMPSON.

Arnold. Qué hay?—Has hecho lo que te he mandado?

Thompson. Mi general, nos han cerrado la entrada de la tesoreria.

Arnold. Cerrado?... y quién se ha atrevido?...

Thompson. El presidente de Pensilvania estaba allí á la cabeza de la milicia cívica, y nos ha prohibido entrar.

Anderson. (*Aparte.*) Perfectamente!

Thompson. Y luego me ha entregado este pliego, que, segun me ha dicho, os esplicará el motivo de esa prohibicion.

Arnold. Veamos. (*Lee.*) "General: tengo el honor de participaros, que el consejo ejecutivo de Pensilvania, considerando que la última contribucion estraordinaria, impuesta por vos, escede el límite de las facultades que habeis recibido, ha tenido á bien mandar que el dinero percibido por dicha contribucion permanezca en las arcas de la tesoreria hasta la resolucion del congreso." — Qué audacia!... Pues no ha de ser asi! y aunque tenga que emplear la fuerza...

Anderson. Contenéos, general, qué haceis?... vais á perderos! (*Aparte.*) Y no es tiempo todavia.

Arnold. Pero es que ese dinero lo necesito... lo necesito inmediatamente... Sabeis que si no lo entrego hoy mismo, quedo deshonrado?

Anderson. Lo tendreis.

Arnold. Cómo!... vos podreis?...

Anderson. Lo tendreis, os digo.—Pero despedid á ese hombre: no podemos esplicarnos delante de él.

Arnold. (*A Thompson.*) Déjanos. (*Vase Thompson.*)

Anderson. Qué cantidad necesitais, general?

Arnold. Tengo que aprontar hoy mismo... á las tres...

Anderson. Cuánto?

Arnold. Diez mil libras esterlinas.

Anderson. Antes de las tres, las tendreis.

Arnold. Ah! cuánta generosidad!— Pero he adivinado el motivo.

Anderson. Lo habeis adivinado?

Arnold. Sí: sé lo que esperais de mí... y...
Anderson. Será posible!... (*Aparte.*) Tan presto se resuelve!—Conque consentís?...
Arnold. En todo.
Anderson. (*Aparte.*) Llegó el momento.—General, puedo contar con vos? ¿Estais pronto á ayudarme...
Arnold. Y quiero que todo quede terminado hoy mismo.
Anderson. Cómo!... hoy mismo?...
Arnold. Hoy mismo sereis esposo de Clara.
Anderson. (*Aparte.*) Qué está diciendo!
Arnold. Aqui viene... vamos á hablarla.—(*Aparte.*) Entre suegro y yerno ya no hay cuentas que hacer.
Anderson. (*Aparte.*) A pique he estado de descubrirme.—Pero este casamiento... qué diablo!... es preciso dar largas...

ESCENA VIII.

DICHOS.—CLARA.

Clara. (*A su padre que ha ido á recibirla.*) Padre mio, os estaba buscando... queria pediros...
Arnold. Bien: oye primero, hija mia, lo que yo quiero pedirte á tí.—El señor Anderson, á quien ya conoces, acaba de pedirme tu mano, y yo se la he concedido.
Clara. Cómo!... Padre!... el señor Anderson!...
Arnold. Sí: quiere hacernos este honor...
Clara. Pero, señor... yo apenas conozco á este caballero... hace tan poco tiempo que ha venido á América... y no sabemos...
Arnold. Eso me toca á mí solo.
Clara. (*Turbada.*) Pero vos no tratareis de obligarme á ser esposa de un hombre...
Anderson. Tanto desagrado yo á la señorita Clara?...
Clara. No es eso, caballero... sino que... (*Aparte.*) Oh! Dios mio!
Arnold. Pues bien, entonces...
Clara. (*Aparte.*) Qué le diré!—Padre mio, yo os ruego que no me obligueis... no quisiera casarme tan pronto...
Anderson. Señorita, yo no quiero obtener nada por la violencia.
Arnold. El señor obra con la galanteria de un novio; pero yo tengo derecho á exigirte obediencia.—Clara, disponte

á dar la mano al señor Anderson dentro de una hoaa.

Clara. (*Con resolucion.*) Dentro de una hora!—No lo espereis, señor: jamas consentiré. (*Óyese un tiro.*)

Arnold. Un tiro!... qué significa eso?

Anderson. Voy á saberlo.

Arnold. Por alli vienen. (*Aparecen en el foro Thompson y algunos soldados.—Arnold y Anderson se han dirigido á ellos, y se enteran de lo que pasa.—Entretanto Nealia, que ha entrado apresurada por uno de los costados, habla en voz baja á Clara.*)

ESCENA XI.

DICHOS.—NEALIA. THOMPSON. SOLDADOS.

Nealia. Ay! señorita!... el pobre Zamor está preso!...

Clara. Y le van á encerrar?

Nealia. Ah! si no fuese mas que eso!... Pero cuando el constable ha ido á desarmarlo, Zamor le ha hecho fuego, y le ha herido.

Clara. Dios mio!... se ha perdido!

Arnold. (*Aun en el foro.*) Miserable! herir á un oficial de justicia!... Que lo fusilen.

Clara. Deteneos, padre mio!... habeis olvidado que ese indio me salvó la vida?

Arnold. Y qué? Hoy no es mas que un asesino, y es preciso que se cumpla la ley.—Sargento Thompson...

Clara. (*Deteniéndole.*) No... no!... es imposible!... No sereis capaz de repetir esa orden fatal!... Yo no puedo... no debo consentir que Zamor perezca. Ahora me toca á mí salvarlo... salvarlo á cualquier precio!... Pero qué haré, Dios mio!... Decid, señor... ah! decid... no me concedereis su perdon?

Arnold. (*A media voz despues de una pausa.*) Sí: puedo concedértelo... con una condicion.

Clara. Cuál, padre mio?... qué exigis de mí?

Arnold. (*Con frialdad.*) No te lo he dicho hace un momento?

Clara. (*Recordándolo.*) Ah!... ya recuerdo... que horror!...

Arnold. Con esa sola condicion.

Clara. Sí, sí, os entiendo. (*Aparte.*) Entregar mi mano á

otro!... Y si vuelve, qué le diré?... Pero no; no vuelve... me ha olvidado!... Ah! sirva á lo menos mi desgracia de salvacion para ese infeliz!—(*A Arnold.*) Padre mio, daré la mano al señor Anderson.

Arnold. (*A Thompson en alta voz.*) Decid á ese indio que á ruegos de la señorita Clara, le concedo el perdon de la vida.

Nealia. Ah! voy corriendo á darle la noticia... nadie llegará mas pronto que yo. —(*Vase corriendo. Clara cae en una silla debilitada por el esfuerzo que acaba de hacer. —Anderson se acerca á Arnold.*)

ESCENA X.

DICHOS.—*Escepto* NEALIA Y THOMPSON.—*Luego* DON JUAN DE MENDOZA.

Anderson. General, un capitan español, portador de una orden del general Vashington...

Arnold. Un capitan español?... Que entre.

Mendoza. (*Saliendo.*) Mi general, servios leer esta orden. (*Le da un pliego. Arnold lo toma, lo abre y queda estático leyendo.*)

Clara. Qué voz es esta! (*Volviendose.*) Mendoza!...

Mendoza. Clara!...

Clara. Vos aqui!

Mendoza. (*En voz baja.*) Hace un mes que llegué á América; pero un deber sagrado me ha tenido constantemente lejos de Filadelfia. Hasta hoy no he podido venir á veros y á deciros: aqui me teneis, Clara mia!... vengo á cumplir mi palabra.

Clara. Ah! llegais tarde!... acaban de arrancarme la mia!

Mendoza. Qué decís?...

Arnold. Infames!... infames!...

Anderson. (*Que no ha quitado los ojos de él.*) Qué es eso?

Arnold. Una orden en que se me manda seguir al capitan don Juan de Mendoza á la fortaleza de Vest-Pont. Me designan por carcel una fortaleza en que yo mandaba, como gobernador de la provincia. Alli me dicen que compareceré ante una comision militar que ha de juzgarme como acusado de dilapidacion.

Anderson. (*Aparte.*) Todo va bien!

Arnold. No importa. — Clara, Anderson, acompañadme allá: en presencia de la misma comision militar se celebrará vuestra boda.

Mendoza. Será posible!... esposa de otro?...

Clara. Bien os dije yo que habiais llegado tarde.

DICHOS.—NEALIA. ZAMOR.

Zamor. (*A Clara.*) Qué acabo de saber, señora!... me habeis salvado la vida!... Pero si es á espensas de vuestra felicidad, no la quiero... prefiero morir.

Arnold. (*Con dureza.*) Silencio! — Recibe sin replicar el perdon que se te ha concedido.

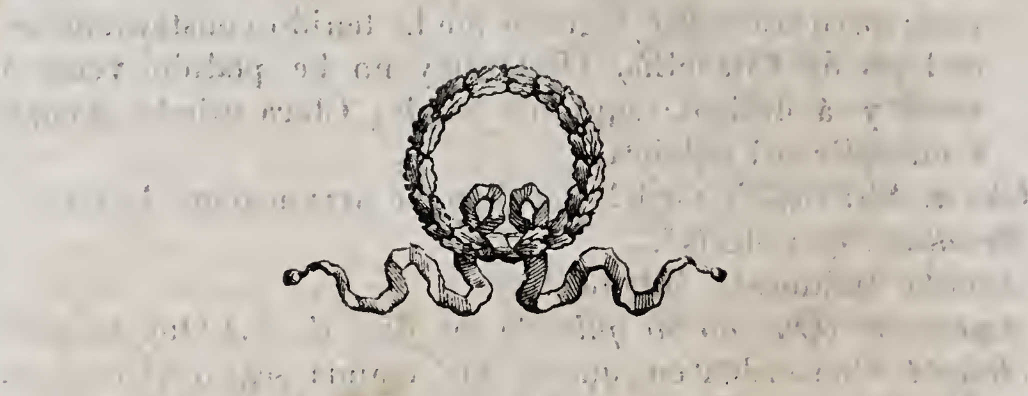
Zamor. (*Aparte.*) Qué voz!... Cielos!... esa voz!...

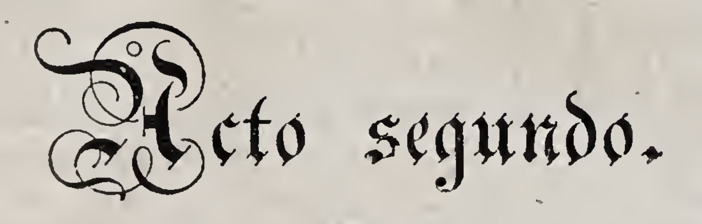
Arnold. Clara, marchemos al instante á Vest-Pont. (*A Mendoza.*) Señor capitan, estoy pronto á seguiros.

Zamor. (*Deteniéndole.*) Pero, general, yo no puedo consentir...

Arnold. (*Apartándole con dureza.*) Atras, miserable, atras.

Zamor. (*Aparte.*) Ah!... él es!... él es!





Acto segundo.

Una sala en la fortaleza de Vest-Pont.

ESCENA PRIMERA.

NEALIA. ZAMOR.

Nealia. Cómo es esto, Zamor!... ya estás en Vest-Pont! casi al mismo tiempo que nosotros que hemos venido en coche! Digo, porque supongo que tú habrás andado el camino á pie.

Zamor. Los indios andamos tanto á pie como los blancos en coche. Llegué ayer pocos momentos despues que vosotros... pero no encontré aqui nadie que indicara...

Nealia. Ay! amigo! las cosas han cambiado de aspecto!— La habitacion que le han señalado al general en esta fortaleza es tan triste, tan silenciosa!... parece una carcel.— Aqui no hay mas distraccion que la vista del mar, el rio Hudson que desemboca en él, y á su entrada esa enorme cadena de hierro que le atraviesa de una orilla á otra.

Zamor. Nealia, no sabes que esa cadena es la defensa de la América? Esa invencion, debida al patriotismo de unos ingenieros que la construyeron y colocaron ahi, sin admitir por ello ningun premio, cierra la entrada del puerto á los buques enemigos.

Nealia. Sí: la cosa será muy buena, pero á la vista es muy fea.

Zamor. Y dime, el general Arnold dónde está? Quiero verle, quiero hablarle.

Nealia. Al amanecer le llamaron al consejo de guerra, y alli está todavia.

Zamor. Todavia!—Y crees que tardará en venir?

Nealia. Qué sé yo.—El general Vashington ha venido en persona á mezclarse en este negocio.

Zamor. Vashington está aqui?

Nealia. El mismo.— Y yo que nunca le he visto, ahora le voy á mirar á mi sabor, y á gritarle en sus barbas: viva Vashington!

Zamor. (*Aparte.*) Ah! si es necesario, Vashington me hará justicia. (*Óyese un redoble, y en seguida llamada.*)

Nealia. Mira, el general Arnold sale ya del consejo de guerra y viene hácia aqui.

Zamor. Al fin!... le voy á hablar.

Nealia. (*Señalando á la izquierda.*) Alguien viene por alli... es la señorita Clara.

Zamor. Ah! no quiero hablar delante de ella al general... necesito verle solo.

Nealia. Pues vete, y vuelve luego.

Zamor. Irme!... no, no, se me puede escapar!... Aqui me quedo.—Nealia, no podria yo ocultarme en alguna parte?

Nealia. No hay mas que mi cuarto... esa es la puerta.

Zamor. Ahi esperaré... y cuando el general esté solo... (*Entrase en el cuarto de Nealia.*)

Nealia. Bien, bien.—Y si el general no está solo de aqui á la noche?... Pues digo!...

ESCENA II.

ARNOLD. *Luego* CLARA.

Arnold. (*Saliendo por el foro.*) Con qué insolencia me han tratado!... Y ese Vashington... como procuraba humillarme mas!...

Clara. (*Saliendo.*) Él es... qué irritado está!... Pero es preciso que yo le hable sin demora.

Arnold. (*Aparte.*) Sea cual fuere la sentencia, nada me importa!—Anderson vendrá á decírmela, asi que la pronuncien... Anderson, tan constante en protegerme, como todos ellos en perderme!— Y no he de poder ven-

garme!... vengarme sobre todo de ese aborrecido Vashington!... Ah!!... (*Siéntase, apoyando la frente en las manos.*)

Clara. (*Acercándose.*) Padre mio!

Arnold. Qué es eso?... qué me quieres?— Luego... ahora no puedo...

Clara. Ya veo vuestro pesar, y participo de él. Pero desde que salimos de Filadelfia esta es la primera vez que os hallo solo, y os ruego que me escucheis.

Arnold. Qué cosa de tanta importancia tienes que decirme?

Clara. (*Dudosa.*) Era... queria hablaros del señor Anderson.

Arnold. Del señor Anderson?... podias decir, de tu esposo; porque desde mañana lo será.

Clara. Mañana?

Arnold. Sí; y este enlace hará ver á todo el ejército que en vano se trata de hacerme perder la buena opinion que gozo entre los hombres de bien.

Clara. Pero, señor, mañana...

Arnold. Mañana, mañana!—(*Aparte.*) Es preciso que yo ligue á ese hombre con nudos indisolubles...

Clara. Padre mio, ese enlace es imposible: yo no puedo unirme al señor Anderson: no le amo, y... amo á otro.

Arnold. A otro?—Y de dónde sale ahora ese amor repentino, esa loca pasion de un dia?

Clara. (*Con prontitud.*) Os engañais, padre mio: hace dos años que nos amamos.

Arnold. Dos años dices?—Cómo, si entonces estabas tú en España conmigo?

Clara. Pues allí fue donde le conocí.

Arnold. En Madrid?—Y yo nada he sabido?

Clara. Es que entonces, como ahora, no haciais caso de vuestra hija, y vuestra indiferencia se aumentaba de dia en dia.—El venia á casa con frecuencia... y cuando me veia llorosa lamentando vuestro desvío, procuraba tranquilizar mi corazon... me amaba tanto!... ah! y yo tambien le amaba, padre mio, por su nobleza, por su valor, porque era digno de ser yerno del general Arnold.—Ya iba á pediros mi mano; pero su padre, que era título de Castilla, y le tenia preparado otro enlace mas ventajoso, le negó obstinadamente su consentimiento.— No desesperamos, sin embargo, de vencer su tenacidad; pero vos recibisteis orden de volver á América, y parti-

mos. Apenas tuvimos un momento para darnos el último adios, y en aquella entrevista me juró que vendria á buscarme á este pais, á pedir mi mano, y cumplir su palabra. Me lo juró, y yo marché confiada en el porvenir... Y durante dos años, he alimentado este amor, que es la única esperanza de mi vida.

Arnold. Pues bien, ese español ha hecho lo que tantos otros, se ha casado en su patria, y se ha olvidado ya de la que cometió la imprudencia de amarle sin permiso de su padre.

Clara. No: ese español, padre mio, ha cumplido su palabra. Muerto su padre, ha cruzado el Océano y ha llegado á América: aqui está, yo le he visto.

Arnold. Aqui le has visto?... Qué hombre es ese?

Clara. El capitan don Juan de Mendoza, que fue á buscarnos á Filadelfia.

Arnold. Mendoza!... ese atrevido aventurero que ha tenido la osadia de venir á pedir la espada al general mas antiguo del ejército!...

Clara. Ah! él ignoraba la comision que traia: ya os lo ha dicho despues él mismo con lágrimas en los ojos!... Enviado por el rey de España al cuartel general de Vashington como ayudante suyo y portador del tratado de alianza, hace un mes que llegó á América, y al aceptar ahora esta comision, no tuvo otro objeto que el de verme y pediros mi mano.

Arnold. Tú esposa de uno de esos estrangeros que han venido á aumentar la ingratitud de mi patria conmigo!... Ah! no: aun cuando no te hubiera destinado á otro, jamas consentiria en ese enlace.

Clara. Pero, padre mio!...

Arnold. Jamas, te digo!—Ademas, mi palabra está empeñada... y la tuya tambien; Clara, no lo olvides.

Clara. Es que cuando os la dí, no tenia esperanza de volver á ver á Mendoza. Le juzgaba casado... Muerto quiza... Pero este amor, ya sin esperanza, se ha reanimado al verlo...

Arnold. (*Colérico.*) Cómo!...

Clara. Oh! no creais que olvido la palabra que os he dado... palabra fatal que á costa de mi vida quisiera romper!—Ah! vos que perdonasteis á Zamor, no me perdonais á mí!—Bien; estoy pronta á dar la mano al señor

Anderson: pero tened presente que yo no os he prometido amarle: eso es superior á mis fuerzas. Haré el sacrificio; pero el señor Anderson lo sabrá todo, y si aun despues persiste en unirse á mí, seré su esposa... y moriré en seguida.

Arnold. Cómo! declarareis al señor Anderson?...

Clara. La verdad... toda la verdad!

Arnold. Pues yo os lo prohibo!—Quiero que me obedezcais de grado ó fuerza.

ESCENA III.

DICHOS.—ZAMOR.

(*Zamor sale, y durante las últimas palabras de Arnold se acerca con frialdad.*)

Zamor. No os obedecerá.

Arnold. Quién lo dice?

Zamor. Zamor, Zamor el mohicano, que os viene siguiendo desde Filadelfia, y que os halla por fin.

Arnold. Miserable!

Zamor. (*Aparte á Arnold.*) Acordaos de la noche en que murió el general Hower, de la cabaña solitaria del Canadá, del indio que cayó herido á vuestros pies...

Arnold. (*Aparte.*) Qué dice!

Zamor. De aquella niña desamparada... Aquella niña era mi hermana.

Arnold. (*Aparte.*) Ah! Silencio!

Zamor. Señorita, todo lo he oido: me salvasteis la vida á costa de vuestra felicidad: hoy me toca á mí asegurar la vuestra, aunque sea á costa de mi vida.— Señorita, el general os ruega que me dejeis solo con él: no sereis esposa de Anderson: dentro de breves instantes el mismo general os dará su palabra.

Clara. (*Aparte.*) Qué quiere decir esto!... podré alimentar esperanzas?... Aguardemos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ARNOLD. ZAMOR.

Zamor. Ya podeis responderme.—Vuestra hija no está presente: su padre no ha querido sonrojarse delante de ella... lo he conocido, y la he hecho marchar. (*Movimiento de Arnold.*) Oh! no penseis engañarme. Antes de tratar de la suerte de vuestra hija, hablemos de lo que nos interesa á vos y á mí.

Arnold: Hablad.

Zamor. Vos sois el mismo que hace muchos años arrancó á la fuerza de mis brazos una niña, que era mi hermana, dejándome por muerto en aquella cabaña, tendido en tierra y revolcado en mi sangre. Quince años ha que os estoy buscando, sin otro indicio para conoceros, que el sonido de aquellas palabras amenazadoras que resonaron en mi oido: las pronunciasteis de nuevo en Filadelfia con el mismo acento colérico, y os conocí.—Ahora me presento á vos, y os digo; No es ya el indio moribundo y desarmado quien os habla; es el hermano vengador, que viene á pediros cuenta de su hermana, vilmente robada por vos.

Arnold. (*Aparte.*) No tiene pruebas.—Grande ha sido la paciencia con que te he escuchado, no me lo negarás.—A todo eso una cosa sola responderé: Sal de esta casa, y no vuelvas á poner en ella los pies.

Zamor. Bien; pero será para presentarme á vuestros jueces... que tambien los hay aqui, segun creo, y enseñarles la guarnicion del sable que llevabais el dia de la batalla en que murió el general Hower...

Arnold. Ah!...

Zamor. Fue mucho descuido, general!... para asesinar á un hombre, herido ya y desarmado, no era necesario descargar el golpe con tanta fuerza, que se rompiese el sable y dejase en poder de la víctima un objeto de acusacion.

Arnold. (*Poniendo mano á la espada.*) Miserable!... teme...

Zamor. No temo nada.—No estamos aqui en Filadelfia, donde vos mandabais despóticamente; donde, á una seña vuestra, veinte soldados podian ahogar mis voces, y fu-

silarme sin forma de proceso. Estamos en la fortaleza de West-Pont, á dos pasos de la sala en que os están juzgando... Y cuidado! que si me obligais á entrar allí, no es hoy ciertamente cuando Zamor encontraria incrédulos, tratando de acusar al general Arnold.

Arnold. (*Aparte.*) Es cierto!

Zamor. El que ha robado el dinero á su patria, bien puede haber robado un hijo á su madre.

Arnold. Zamor!

Zamor. Pero esa es cuenta del consejo y no mia. Lo demas puede arreglarse entre nosotros, si vos quereis. Me habeis robado mi hermana: cuál es su paradero?... qué habeis hecho de ella?... que yo la vea... que yo la hable... responded: donde está mi hermana?

Arnold. (*Aparte.*) No puedo nombrarla... su enlace me asegura el apoyo de Anderson...

Zamor. Qué habeis hecho de mi hermana?

Arnold. (*Aparte.*) No ha adivinado quien es: tengamos serenidad.

Arnold. (*Fingiendo turbacion.*) Pues bien... yo queria ocultártelo... pero ya que te empeñas... tu hermana...

Zamor. Acabad!

Arnold. Si hubiera muerto...

Zamor. Ha muerto!... ha muerto!... mi hermana!... la que estoy buscando hace quince años... por quien abandoné mis bosques y mi tribu... por quien me he condenado á vivir en vuestras ciudades... ha muerto!...—Ah! tú la has muerto!

Arnold. Cómo!... puedes pensarlo?

Zamor. (*Furioso.*) Sí, sí: yo te pido cuenta de ese delito, y voy á acusarte al consejo.—Yo pediré justicia... no en favor de la hermana de un indio, para esas no hay justicia: sino en favor de la hija de un blanco; porque mi hermana era hija del general Hower.

Arnold. (*Aparte.*) Todo lo sabe!

Zamor. Y tengo pruebas de ello: consignadas están en un escrito que aquel hombre dejó á mi madre, porque mi madre se lo exigió: ella sabia que entre vosotros no se reconoce á los hijos por la fuerza de la sangre, sino por un pedazo de papel sellado. Yo tengo ese documento con el sello de las armas de Inglaterra: yo se lo enseñaré á los blancos, y los blancos defenderán á la hija de uno de

los suyos: sus leyes te condenan; tu caerás bajo su cuchilla; y mi hermana y mi madre quedarán vengadas.

Arnold. Zamor!...

Zamor. A Dios!... voy á ver á Vashington.

Arnold. Detente, detente, Zamor, y escúchame. (*Aparte.*) Ah! si él habla á Vashington... sobre todo en estos momentos...—Zamor, yo te engañaba... tu hermana vive... vive todavia...

Zamor. Vive!... vive mi hermana!... Ah! miserable! que daño me estás haciendo... porque veo que aun me engañas!—Pero... si fuese cierto!... Ah!... no me engañes!...

Arnold. Esta es la verdad... te lo juro!

Zamor. Pues entonces, por qué?...

Arnold. Oye, y lo sabrás todo.—Yo tenia una hija en quien mi esposa adoraba, y que murió ausente de ella la víspera de esa batalla que dimos en el Canadá. Cuando el general Hower cayó mortalmente herido en mis brazos, las únicas palabras que pronunció fueron para recomendarme su hija: yo corrí á la cabaña... y ya sabes lo que allí pasó. Luego que tuve en mi poder la niña, se me ocurrió evitar la desesperacion de mi esposa, sustituyendo á su hija la que el destino ponia en mis manos; asi lo hice. Cuando volví á su lado le presenté tu hermana, como si fuera nuestra hija. Ademas, yo estaba seguro de hacer la felicidad de aquella huérfana, porque ella heredaba á mi esposa, que era muy rica...

Zamor. Ya entiendo!...

Arnold. Ah!... pero mi amor fue el único móvil de mi conducta.

Zamor. Sigue.

Arnold. Creció tu hermana á nuestro lado, criada con el mayor esmero y colmada de caricias, hasta que mi esposa murió sin que yo la desengañase.—Entonces quise devolver aquella niña á su familia; pero estábamos en guerra con la Inglaterra... y ademas yo la habia cobrado tanto afecto!... que no tuve valor para desprenderme de ella... y asi es que Clara...

Zamor. Clara!... Clara decís?... Clara es mi hermana?... ese corazon tan bueno!... esa alma tan noble!... esa que yo amo tanto!... esa que me salvó la vida!... Ah! cómo no lo he adivinado!—Ah! general! si vierais cuánta es mi gratitud!... yo quisiera esplicaros... Ah! sí, todo lo olvido!...

todo!... ya no veo en vos sino al hombre que me vuelve mi hermana!... Perdonadme... perdonadme que os haya insultado! pero y mi hermana?... llevadme á su presencia... quiero verla... quiero abrazarla... quiero contárselo todo!...

Arnold. Insensato!... que vas á hacer!... Clara ignora su nacimiento; y tú que dices que la amas, tú que has jurado hacerla feliz, vas á arrancarla á la patria, á la familia que la adoptado!...

Zamor. Cómo!... su familia soy yo... yo, que no pido al cielo otra dicha que la de oirme llamar hermano!...

Arnold. Su hermano!... Ignoras que en nuestras ciudades no le espera mas que desvio y desprecio á la hermana de un indio? Españoles, ingleses, americanos, ninguno se dignará mirar siquiera á una muger de tu raza... ninguno se atreverá á ofrecerla su mano.

Zamor. Qué decís!... (*Aparte.*) Y ese español... ese Mendoza que ella ama tanto... si llega á saber... esos españoles son tan orgullosos... la despreciaría... y mi pobre hermana...

Arnold. (*Aparte.*) Vacila!—Sí, Zamor: declarándola hermana tuya, la deshonras á los ojos del mundo y tú te haces despreciable á los suyos.

Zamor. Despreciable yo á sus ojos!... Basta, basta!—Verla despues de quince años de tormentos, y no poder decirle: Yo soy tu hermano!... y te traigo la bendicion de nuestra madre!... Ah! es cosa cruel!—Pero no hay remedio... su felicidad lo exige... y yo tendré valor!... padeceré yo solo... moriré tal vez de pesar... pero ella será dichosa!= General, este secreto no lo sabe nadie; quede para siempre entre nosotros, yo juro no revelarlo jamas.

Arnold. Bien, Zamor, bien!—Pero si ha de ser eternamente ignorado, es preciso que no queden huellas que puedan un dia descubrirlo; y ese escrito del general Hower, que vos guardais, esa guarnicion de sable... todo eso debe desaparecer...

Zamor. Si: esas pruebas únicas de su nacimiento, esas prendas que durante quince años he guardado con tanto afan... es fuerza que mueran con mi esperanza!—Pero será dichosa, no es verdad?—Me lo jurais, general?

Arnold. Yo te lo juro.

Zamor. Pues bien: tomad... (*Va á darle las prendas, pero se detiene viendo salir á Clara.*) Cielos!... ella es!

Arnold. (*Aparte.*) Clara!

ESCENA V.

CLARA. ZAMOR. ARNOLD.

Clara. Perdonad, padre mio... es tal la impaciencia...

Arnold. (*Aparte.*) Ah! si llega á hablar!... (*A Zamor.*) Si dices una palabra, la pierdes.

Zamor. No temais... yo sabré contenerme... seré mudo si es preciso... pero dejadme á lo menos verla, mirarla, leer en sus ojos que me amaria si supiese que yo era su hermano, y llamarla hermana tan en silencio, que solo mi corazon pueda oirlo.

Arnold. (*Aparte.*) Pero esas prendas... esas prendas...

Zamor. Señorita, ese enlace en que habiais consentido por salvarme la vida, está deshecho: vuestro padre no lo exige ya, y consiente en que deis la mano á ese oficial español que os ama.

Clara. Será posible?

Arnold. (*Aparte á Zamor.*) Que decís Zamor?

Zamor. (*Aparte á Arnold.*) No es eso lo que acabais de ofrecerme?

Arnold. (*Aparte á Zamor.*) Pero, necio, si se casa con él, irá á vivir á España, lejos de tí, á un pais en que las preocupaciones son mil veces mas poderosas que en América!...

Zamor. Ya os he dicho que no trato de mi felicidad sino de la suya.

Clara. Zamor, qué orígen tiene ese vivo interés que manifestais por mí, cuando yo no he hecho mas que pagaros una deuda?

Zamor. Qué origen tiene me preguntais?... Ah!... que os amo, Clara, que os amo mas de lo que podeis imaginaros.

Arnold. (*Aparte á Zamor.*) Cuidado!

Zamor. (*Con sollozos comprimidos.*) Perdonadme, señorita... yo no soy mas que un pobre indio... y es mucha osadía en mí querer hacerme vuestro protector... pero como nadie se presentaba á defenderos... perdonadme que yo lo haya hecho... Yo me vuelvo á mis bosques... nos os acordeis mas de mí... ya no volveré á veros!...

Clara. Ah! mi padre es inflexible... miradlo, miradlo mudo á vuestros ruegos!

Zamor. Vuestro padre cumplirá lo que ha ofrecido... y á mí me ha ofrecido haceros dichosa. Ah! lo sereis, Clara... yo os lo juro sobre la tumba de nues... de mi madre! (*Aparte á Arnold.*) Ah! me voy... me voy... porque no puedo contenerme en su presencia!... Pero dentro de una hora volveré con ese español; porque esté cerca ó lejos no aparto los ojos de vos. Creedme... no trateis de faltar á vuestra palabra, porque...—Hasta luego!—A Dios, señorita. (*Vase.*)

Clara. Padre mio, qué es lo que debo creer?

Arnold. Qué quereis?... quién os ha llamado?... qué buscais aquí?... retiraos, y no volvais á presentaros en mi presencia sin orden mia. (*Clara aterrada se va por la izquierda.*)

ESCENA VI.

ARNOLD *solo.*

Volverá dentro de una hora... dentro de una hora, ha dicho!... Y qué haré entretanto?.. Qué le diré á Anderson?... Yo no cumplo ya con él, sino dándole la mano de Clara... Anderson es mi única esperanza... y es preciso que sea mi yerno.—Pero si rehuso unirla á ese español... y Zamor me acusa ante esos jueces dispuestos á perderme!...—Por todas partes la ruina!... por todas partes la deshonra!... por todas partes abismos abiertos á mis pies!...—Y sin recibir noticias de mi sentencia!... Ah!... tengo la cabeza ardiendo!...

ESCENA VII.

ARNOLD. ANDERSON.

Arnold. (*Aparte.*) Anderson viene!... qué le diré?... qué nuevas me traerá!—Que hay, amigo mio?

Anderson. Os han condenado á restituir las sumas ilegalmente percibidas, y á ser amonestado públicamente por boca del general Vashington.

Arnold. Amonestado por Vashington!... arruinado por él!... perdido por él!... Ah!... esto es demasiado!... Y no he de

poder volverle con usura los sonrojos y humillaciones que le debo!

Anderson. Podeis, si quereis, general.—Yo os traigo algo mas que estériles consuelos: os traigo la venganza.

Arnold. Hablad, hablad!... qué puedo hacer?

Anderson. Poca cosa.—Entenderos con el acreedor que os ha prestado las cantidades que habeis necesitado hasta ahora, y que os prestará muchas mas, si es necesario; ó en el caso que no querais entrar en negociaciones con él, reclamará las que os ha dado y os cerrará su bolsillo.

Arnold. Pero ese acreedor sois vos.

Anderson. Os equivocais. En todo este negocio, yo no soy mas que... un conducto... un testa-ferro; el acreedor verdadero, cuyas instrucciones acabo de recibir, es tan rico y poderoso, que basta á haceros tambien á vos rico y poderoso, y á aniquilar á Vashington, vuestro orgulloso rival.

Arnold. Y qué hombre es ese?

Anderson. Podeis leer su nombre en todas las letras de cambio que me habeis firmado en blanco, y que yo he tenido que llenar. Mirad... (*Mostrándole las letras.*)

Arnold. (*Leyendo.*) «Jorge III... Jorge III!... el rey de Inglaterra!—Y quién sois vos!

Anderson. Su mas fiel y celoso agente: el que no ha temido penetrar hasta la presencia del mas bizarro general del egército americano, para reparar las injusticias de que es víctima: el que los americanos buscan con tanto afan... en fin, el mayor Ander.

Arnold. El mayor Ander!

Anderson. Sir Arnold, la madre patria os reclama, y os ofrece, en pago de los servicios que la hagais, el empleo de brigadier general de los egércitos del rey mi amo, y una cuantiosa dotacion.—Reflexionad: fortuna, honores, venganza... todo os lo presento; y en cambio, no os pido yo que vendais vuestra patria, no; solo que ayudeis á trastornar los proyectos ambiciosos de Vashington. No creo que el valiente Arnold trate de mostrarse generoso con él en el momento que tiene que presentar la megilla para recibir el bofeton que le va á dar ese insolente!

Arnold. (*Aparte.*) Fortuna!..... honores!..... la caida de Vasinhgton!...

Anderson. General, el tiempo apura... se han dado nuevas órdenes para buscarme... de un momento á otro puedo ser descubierto... Necesito una respuesta... Es preciso que mañana... esta noche...

Arnold. Mañana?...

Anderson. Hasta ahora he logrado disfrazarme, fingiendo aspirar á la mano de vuestra hija; pero...

Arnold. Cómo! el enlace que deseabais contraer con Clara...

Anderson. No era mas que un pretesto para introducirme en vuestra casa: asi pues, lejos de ofenderme la obstinada repulsa de vuestra hija...

Arnold. Será posible? — Pues, sabedlo todo, mayor Ander; Clara no es mi hija.

Anderson. Que decís?

Arnold. Es hija de una india y del general Hower.

Anderson. Hija del general Hower?... del general Hower, que murió hace veinte años en el Canadá?

Arnold. Del mismo.

Anderson. Ah! si existen pruebas de su nacimiento, hecha está vuestra fortuna y la mia! La inmensa herencia del general Hower, que ha pasado á los colaterales, volverá á su hija: Clara es paresa de Inglaterra y señora de todo un condado. Oh! no podeis presentar mejor ofrenda al rey Jorge que la hija del bizarro general, cuya muerte no cesa de lamentar: no podeis llevar á Inglaterra mejor recomendacion que esa noble joven... Y yo, en premio de todos mis servicios, no os pido otra cosa que ser su esposo... y esta noche nos la llevamos al campo ingles.

Arnold. Esta noche?... como! tan pronto!... no seria acaso prudente...

Anderson. Ya os he dicho, general, que los momentos son preciosos... Y vos ¿no estais ansioso de vengaros?

Arnold. Vengarme!... (*Oyese un redoble.*)

Anderson. Escuchad, general, escuchad.

Una voz dentro. «El general Vashington, comandante general del ejército de los Estados-Unidos, hace saber la sentencia pronunciada por el consejo de guerra contra el general Arnold.»

Arnold. Gran Dios!

Anderson. Oid!

La voz. «Se condena al general Arnold á la restitucion de las cantidades percibidas arbitrariamente, y á ser amo-

nestado en público por el órgano del general Vashington. Y teniendo el consejo en consideracion los antiguos servicios del general Arnold, dispone que se le reponga en el mando de esta fortaleza de West-Pont.=Firmado.= Vashington. (*Otro redoble.*)

Anderson. Y bien general?

Arnold. Ah! ya no vacilo!... soy todo del rey Jorge, del rey Jorge, que es justo y sabe recompensar! Me dejan, por compasion, el mando de esta fortaleza... yo lo renuncio!... Y este grado irrisorio... este baston deshonrado... lo renuncio todo!

Anderson. Qué decís? Este mando es preciso conservarlo á toda costa, porque en él está vuestra venganza: en él está el castigo de Vashington y de todos vuestros enemigos. El gobernador de Vest-Pont, mas que el general Arnold, es quien ha de dar el triunfo á la Inglaterra.

Arnold. (*Furioso.*) No!... yo no puedo contenerme mas... me voy á buscar á Vashington!...

Anderson. Silencio que vienen.

ESCENA VIII.

DICHOS.—HAMILTON. SOLDADOS *en el fondo.*

Hamilton. General, antes de partir el general Vashington para la isla de la Constitucion, os espera para entregaros la llave de la cadena que cierra el puerto, y que os toca guadar como gobernador de esta fortaleza.

Arnold. (*Aparte.*) Vashington!... Vashington que me espera para humillarme mas! para dispensarme su insolente clemencia!

Anderson. (*Aparte.*) No: para entregaros esa llave... esa llave que ha de perderlo y vengaros!

Hamilton. Que respondeis, General?

Arnold. Que obedezco las órdenes del general Vashington, y voy á recibir de sus manos con sumision y respeto la llave de la cadena.—(*Aparte á Anderson.*) Esta noche se la entrego á la Inglaterra. (*Al pasar Arnold, los soldados echan arma al hombro.*)



Acto tercero.

El teatro representa la playa.—A la izquierda una casita que sirve de observatorio al gobernador de Vest-Pont. A la derecha, rocas. En el fondo la mar; en el horizonte se percibe entre nieblas la isla de la Constitucion.—En la mitad de la escena, cerca de la orilla del mar hay un pilar que sostiene un enorme candado del cual pende la gran cadena que cierra el paso del rio Hudson.—La escena está alumbrada solo por la luna.—Thompson y algunos soldados están al rededor del pilar: hay un vigilante mirando á tierra.

ESCENA PRIMERA.

THOMPSON. SOLDADOS.—*En seguida* ARNOLD.

El vigilante. Quién vive?

Arnold. (*Sale por el foro cubierto con una capa.*) El general Arnold. (*Los soldados forman en batalla.—Thompson se acerca á Arnold.*) Thompson, quedais relevados de la consigna: se han presentado buques ingleses en el Océano, á la vista de Vest-Pont, y temo una tentativa de desembarco. Volveos al fuerte que es el mas espuesto. Yo, con algunos oficiales que estoy esperando permaneceré aquí en observacion. Os encargo sobre todo muy particularmente que no se hostilice á los buques ingleses sin orden mia. Entanto que esa cadena, que yo me encargo de custodiar, no esté abierta ó rota, nada teneis que temer; los ingleses no podrán penetrar en el Hudson.—He hecho retirar las lanchas americanas que estaban cerca de la cadena: bastantes se han sumergido ya en esa hoya sin fondo que hay en medio del rio: quiero evitar nuevas desgracias. Recorred la playa al dirigiros á Vest-Pont, y si á pesar de mis órdenes, veis alguna lancha, hacedla

poner en seco en la playa. (*Vase Thompson con los soldados.*) Ya no queda por esta parte ni una barca, ni un soldado americano, les he hecho temer una tentativa de desembarco por otro punto: asi podrán los ingleses llegar, sin ser vistos hasta la cadena. El mayor Ander volvió al campo ingles, y espera sin duda para saltar en tierra, á que la orilla esté libre de centinelas y lanchas. Ya es la hora que yo le indiqué... pero si no me engaño allí diviso el bote... Sí: aquí viene, él es.

ESCENA II.

ANDER. ARNOLD.

Arnold. Sois vos?

Ander. Todo va perfectamente. Una fragata inglesa se presentará á las doce de la noche delante de la cadena, que vos nos abrireis: el bote que me ha traido aquí está oculto entre esas rocas, y va á llevar al capitan de la fragata nuestras últimas instrucciones. En el bote vienen algunos ingleses disfrazados con uniforme americano, que nos servirán para patrullar. A la fragata seguirán algunos otros buques, aunque á cierta distancia para no escitar sospechas... y la entrada del rio es nuestra.

Arnold. Aun hay mas.—Vashington ha marchado esta noche, con una escolta muy pequeña, á la isla de la Constitucion, que se vé desde aquí. Uno de los buques puede abordar la isla y apoderarse con la mayor facilidad del general en gefe, del ídolo de América; y la guerra está concluida.

Ander. Es posible! vendrá en fin á nuestro poder ese oráculo cuya pretendida infalibilidad sostiene el fanatismo de los americanos!

Arnold. Ah! yo le humillaré entonces, y me pagará todo el mal que me ha hecho!

Ander. Y Mendoza?

Arnold. No hay cuidado: marchó esta tarde al campamento español, y no puede hoy avisar á Vashington; ademas yo he hecho retirar todas las lanchas de este lado del rio.

Ander. Perfectamente.

Arnold. Ahora, mayor, enviad el bote al capitan de la fra-

gata, con las instrucciones que acabo de daros respecto á Vashington.

Ander. Un momento.—La suerte de dos naciones no ha de quedar pendiente de palabras... Antes de comprometer á esa fragata inglesa en este arriesgado lance, haciéndola llegar á la embocadura del rio, donde puede ser cañoneada por vuestras baterías, el general Clinton, que viene en persona á su bordo, exige una seguridad de que puede contar con vuestra cooperacion, y pide un escrito firmado de vuestra mano.

Arnold. Un escrito firmado de mi mano?

Ander. Ved aquí por mi parte una firma en blanco del general Clinton: voy á llenar este papel con las condiciones que os ofrece S. M. B.; y vos le guardareis.

Arnold. Entremos, pues, en esa casilla. Y para mayor seguridad, en tanto que vos volveis aquí á dar las órdenes convenientes á los del bote, yo saldré por la otra puerta y me llevaré conmigo los soldados del puesto que hay mas arriba. Iré en seguida á Vest-Pont y daré orden á la guarnicion de que no se mueva; de suerte que en toda la playa no quedarán mas que los ingleses disfrazados que habeis traido.—Venid, no perdamos un instante. (*Entranse los dos en la casilla.*)

ESCENA III.

NEALIA. CLARA, *por el fondo.*

Nealia. Venid, señorita... ya hemos llegado... aqui es.

Clara. Y Mendoza te ha mandado decirme que le esperara aquí?

Nealia. Por supuesto.—Al acabarse el consejo de guerra recibió la orden de marchar inmediatamente al campamento español; se puso tan triste por no poder veros!... y á mí me dió tal lástima, que cuando me dijo, que esta noche habia de volver al lado del general Vashington que está en la isla de la Constitucion, y que por consiguiente se embarcaria por esta playa, le pregunté por que punto y á qué hora... me dijo que por aquí y á las diez; entonces... yo... la verdad, le ofrecí que aquí os encontraria á las diez, y se marchó tan loco de contento que hasta su

caballo mas parecia que iba bailando que no galopando.

Clara. Pero es una imprudencia lo que me haces cometer... sola... á esta hora...

Nealia. No estais sola, que estàis conmigo... y habeis de saber, que yo en circunstancias estraordinarias soy mas hombre que el primero!

Clara. Si mi padre llegara á descubrir...

Nealia. Que venís á ver á vuestro esposo... porque en fin, el general Arnold ha dado su palabra, y don Juan de Mendoza es ya vuestro esposo...

Clara. Y el placer de verlo despues de tan larga ausencia!... verlo un instante, es para mí una dicha á que no puedo resistir!

Nealia. Ah! ya sabia yo que mi idea era feliz! aunque no soy mas que una india á medio civilizar... en estas cosas creo que las mugeres de todos los paises se entienden á las mil maravillas.

Clara. Y él debe venir por aquel lado, no es verdad?

Nealia. Sí, señora, por allí... vamos á ver si lo divisamos.

ESCENA IV.

DICHAS. ANDER *que sale de la casilla.*

Clara. Alguien viene... es Anderson... Ah! no quiero que este hombre me vea.

Nealia. Escondámonos detras de estas rocas. (*Se ocultan.*)

Ander. (*Aparte.*) Ya tengo la firma de Arnold: ha llegado la hora, demos la orden á la gente del bote. (*Llégase á la orilla, pone un pañuelo blanco á la punta de la espada y hace señas.*)

Clara. (*Aparte.*) Qué significa esa seña?

Nealia. Un bote se acerca... saltan en tierra...

Clara. Qué significa esto?... oigamos.

Ander. (*A un oficial que aparece seguido de algunos soldados.*) Capitan Smith, id á bordo de la fragata, llevad este papel en que se nos garantiza que á las doce estará abierta la cadena: entregádselo al general Clinton: que la fragata se presente allí á esa hora.

Clara. Gran Dios!... una traicion!

Nealia. Silencio!

Ander. Dejadme aqui esos seis ingleses disfrazados que habeis traido, y todo americano ó español que se presente en esta playa, muerto al instante. (*Vase el oficial.*)

Clara. Muerto todo español?... y si Mendoza llega! Dios mio! que horrible traicion!... voy corriendo á avisar á mi padre...

Nealia. No os movais... os vais á perder!...

Clara. Dejadme!... (*Da algunos pasos.*)

Ander. (*Viéndola.*) Alguien nos oye!... (*Los soldados van hácia Clara: ella da un grito.*)

Clara. Ay!

Ander. Es Clara!... Clara aquí!...

Nealia. (*Sin moverse.*) No me han visto.

Clara. Sí, Clara, Clara que todo lo ha oido, y que todo lo va á declarar, aunque sepa morir! — Para esto, pues, para engañar á mi padre, para vender la causa nacional os introdugisteis dolosamente en mi casa?... Pero yo lo sé todo! sé que se quiere entregar mi patria á la opresion, sé que se quiere perder á mi padre, asesinarlo quizá... y aunque me mateis, os descubriré: mis gritos, sí, mis gritos revelarán esta infame traicion... (*Amenaza de Ander.*) No tengo miedo: soy la hija del general Arnold!

Ander. Silencio, desgraciada! Porque sois hija del general Arnold debeis callar y temblar! porque ese mismo general Arnold es quien va á entregar esta noche á los ingleses la llave de la cadena, y quien nos ayuda á apoderarnos de Vashington...

Clara. Sir Anderson, mentís!

Ander. Yo no soy sir Anderson; soy el mayor Ander... y vuestro esposo.

Clara. El mayor Ander mi esposo!... Yo soy esposa del capitan don Juan de Mendoza... mi padre lo ha jurado!...

Ander. Vuestro padre ha jurado fidelidad al rey Jorge; y si no creeis en mis palabras... leed aquí... (*Hace seña á un soldado, que se acerca con una linterna sorda.*) y lo creereis.

Clara. Este escrito!... esta firma!... es la suya!... Sí! — Mi padre!... mi padre traidor!... deshonrado!... Dios mio! tened piedad de mí! (*Cae de rodillas.*)

Ander. (*Aparte.*) Aun cree que es su padre... no conviene desengañarla. — Hablad ahora, entregadnos... revelad con vuestros gritos esta infame traicion... y la primer cabeza

que cae es la de vuestro padre que es cómplice nuestro.

Clara. Mi padre!... mi padre vender su patria!... entregarla á los ingleses!

Ander. Sí, y su sangre vertida en el cadalso, echaría una mancha indeleble en vuestro nombre!

Clara. Ah! es cierto!

Ander. Veis, Clara, como tenia razon? Yo soy vuestro esposo por la voluntad de vuestro padre, y por la fuerza del destino: vuestro enlace con ese español era una estratagema para deslumbraros.—Clara, esta noche partis con nosotros, y dentro de poco recibiremos la bendicion nupcial en San Pablo de Londres.—Ademas, aunque querais descubrirnos, no podreis: toda la playa hasta Vest-Pont es nuestra y está guarnecida de soldados ingleses: cualquier americano ó español que se presente es muerto al instante.

Clara. Dios mio!

Un soldado. Mayor, la fragata ha izado el fanal.

Ander. Es la seña convenida. (*A los soldados.*) Patrullad por la playa.—Y vos, Clara, preparaos á partir á las doce en punto. (*Vase con los soldados.*)

ESCENA V.

CLARA. NEALIA.

Clara. Pero es posible!... ah! yo estoy loca!... Dios ha tenido compasion de mí, y me ha quitado el juicio para que no sienta el infortunio que va á caer sobre mí!

Nealia. (*Saliendo.*) Señorita... señorita... se han ido por ese lado... y el capitan Mendoza ha de venir por aquel.

Clara. Ah! si llega á venir es muerto!

Nealia. Pero yo puedo correr á su encuentro... contárselo todo...

Clara. No!... que vas á perder á mi padre!... pero si puedes hallarlo lejos... muy lejos de aquí... dile solamente, dile por mi amor, que no se acerque aquí!... detenle donde lo encuentres... llévatele al otro lado de Vest-Pont... dile... dile que allí le espero... que va en ello mi suerte, mi vida!...

Nealia. Bien, bien, señora...

Clara. Aun no son las diez... corre, corre... búscalo...

Nealia. Voy, señorita!... (*Al irse, aparece Mendoza: las dos dan un grito.*)

Clara. Nealia. Ah!

ESCENA VI.

DICHOS.—MENDOZA, *por el foro.*

Mendoza. Clara!

Clara. Él es!... Dios no tiene piedad de mí!

Mendoza. Clara mia!... Ah! Nealia, cuánto te debo!—La esperanza de veros me ha dado alas!... Llego antes de la hora convenida, y ya os encuéntro esperándome!... Ah! dejad que contemple ese rostro celestial!... dejadme gozar estos instantes, que pagaria á precio de mi vida entera.

Clara. Pero qué buscais aqui?... separémonos... partid... volveos al momento al campo español.

Mendoza. Qué decís?... partir? No: he apresurado mi venida para tener este corto rato de felicidad! — Con tal que vea á Vashington antes de amanecer, llego á tiempo; y la travesía de aqui á la isla de la Constitucion es muy corta!—Qué es esto, Clara? — Cuando os hallo al cabo de dos años de ausencia; cuando os veo para separarme de vos dentro de pocos minutos, para perderos quizá!... Cuando una bala inglesa puede muy en breve trocar esta ausencia momentánea en una separacion eterna!... estais á mi lado fria é insensible?... Y aun quereis robarme estos instantes que acaso resumen la última felicidad de mi vida... Clara!... y decis que me amais!...

Clara. No os amo yo!... no os amo!... y daria en este momento mi vida por salvar la vuestra!

Mendoza. Por salvar la mia!... pues qué peligro corre?

Clara. Qué peligro?... qué peligro?... (*Aparte.*) Ay!... si hablo, pierdo á mi padre... si callo, Mendoza va á perecer... Oh! qué suplicio!... Dios mio!... Dios mio!... amparadme!

Mendoza. Qué teneis, Clara?... qué significa esa turbacion... ese temblor convulsivo?... vuestra mano es un hielo... hablad!... Qué terrible secreto me ocultais?

Clara. Secreto?... no... ninguno... pero por Dios!... si es

cierto que me amais... si no quereis verme morir.., huid! huid!...

Mendoza. Huir?... por qué?

Clara. No me lo pregunteis... no tengo nada que contaros... pero por Dios, huid al instante!

Mendoza. Clara, aqui ocurre algo estraordinario... aqui hay algun misterio que vos quereis ocultarme. Un peligro me amenaza... y el corazon me dice que no es á mí solo.—Si no hablais, Clara, si no disipais mis dudas, aqui me quedo, y aguardo el golpe mortal.

Clara. Os quedais!... os quedais!... Ah! sois insensible! Pues bien, ya que es preciso, sabed... Ah! no puedo... no puedo decirlo!

Mendoza. Hablad! Hablad!...

Clara. No puedo!... no puedo!...

Nealia. Pues bien; yo lo diré.

Clara. Nealia!...

Mendoza. Acaba!

Nealia. Van á entregar la América!...

Clara. Calla por Dios!...

Nealia. Esta noche á las doce, van á entregar la llave de la cadena y la persona de Vashington.

Mendoza. Y quién es el infame?...

Nealia. Es...

Clara. (*Echándose sobre ella y tapándole la boca.*) No lo digas!

ESCENA VII.

DICHOS.—ZAMOR.

Zamor. Yo lo diré. El general Arnold.

Mendoza. Arnold!...

Clara. No es cierto, Mendoza!... Os engaña... os engaña!...

Zamor. No os engaño.—Acabo de sorprender el secreto. Escondido entre las rocas, he oido el proyecto de traicion formado por el general Arnold y Anderson, que no es Anderson, sino el mayor Ander.

Clara. Zamor! Zamor!... has perdido á mi padre!

Zamor. El general Arnold no es vuestro padre.

Clara. Cómo!...

Zamor. No es vuestro padre, os digo. Yo tengo las prue-

bas, y os las enseñaré despues... Ahora pensemos en salvarnos... y en salvar la patria.

Mendoza. Será tiempo aun?

Zamor. No perdamos un momento. Yo he sido descubierto por esos ingleses disfrazados de americanos... uno me persiguió... pero pude agarrarlo y lo estrellé contra las rocas. Esto los habrá alarmado... es preciso salvarnos...

Mendoza. Es preciso salvar la América!—Pero qué haremos?... los dos solos!... volvamos á Vest-Pont.

Zamor. Es imposible!... el camino está lleno de centinelas enemigos.

Mendoza. Y yo que llevo aqui para Vashington el plan de operaciones!... Si me matan, se apoderan de estos papeles que revelan el número de las fuerzas americanas, los puntos débiles, todos nuestros secretos en fin!...

Zamor. Rompedlos... echadlos al mar...

Mendoza. Pero entonces no los recibirá Vashington, no sabrá las combinaciones adoptadas por los generales... y tengo orden de entregárselos antes que amanezca... Corramos: aqui debe haber una lancha que me espera para transportarme á la isla de la Constitucion.

Zamor. Una lancha?... sí, buscadla!... Los infames no han descuidado la menor precaucion: no hay una sola lancha en toda la orilla.

Mendoza. Y qué hacemos?... Vashington es perdido: va á morir sin gloria, peleando con traidores... y la libertad de América va á hundirse con él en la tumba!

Zamor. Escuchad!—Somos dos: vos, quedaos aqui á defender la cadena: dadme esos papeles. (*Mendoza se los da.*) Bien! irán asi... yo nado con un brazo.—No conozco el rio por este sitio; pero mil veces lo he atravesado en su mayor anchura... yo llegaré á la isla... sí, llegaré... veré á Vashingnon, y le entregaré estos papeles.

Mendoza. Bien! Zamor, bien!—(*A Clara.*) Dónde está Arnold?

Clara. Anderson me ha dicho que está aqui... tal vez en esa casilla...

Mendoza. Y no ha entregado todavia la llave de la cadena?

Clara. Todavia no.

Mendoza. Juro por el honor español que no la entregará!

Clara. Ah! por criminal que sea, acordaos que me ha criado!

Mendoza. Si queda algun resto de honor en su pecho, yo lo despertaré. — Venid, Clara. — Y tú, Zamor, encomiéndate en manos de Dios! (*Entrase en la casilla con Clara y Nealia.*)

Zamor. Ea, Zamor!... ánimo y brazo!... y el grande espíritu me ayude! — (*Al dirigirse al fondo para echarse al mar, sale por la izquierda del mismo fondo Andér con soldados, y lo detiene.*)

ESCENA VIII.

ZAMOR. ANDÉR. SOLDADOS.

Ander. Alto! — Ya hemos pillado al indio que perseguiamos! — Qué haces aqui?

Zamor. Pues qué, no puede un americano, sea indio ó blanco, pasearse por donde quiera?

Ander. Pero el que no tiene por qué temer, no huye, como tú has huido. — Este es un espía: registradle.

Zamor. Registrarme. (*Se resiste, y al fin le quitan los papeles.*)

Un soldado. Mayor, estos papeles le hemos encontrado.

Zamor. Ah!... miserables!...

Ander. Un pliego para Vashington!..... veamos. (*Lo abre.*)

Zamor. (*Aparte.*) Ah!... verlos en manos de los ingleses, y no poder recobrarlos á costa de mi sangre!

Ander. Del general Súllivan... será tal vez el plan de campaña...

Zamor. Si pudiera á lo menos avisar á Vashington!... su genio lo remediaria todo... — A grandes males, grandes remedios. (*Derriba en tierra dos ó tres soldados, y trepa como un gamo á lo alto de las rocas.*) Inglés!... no conservarás mucho tiempo esos papeles. (*Se arroja al mar.*)

El soldado. Fuego!

Ander. Deteneos!... — Eso seria peor... dariamos la alarma y acudirian tropas de Vest-Pont. No hay que temer: se ha olvidado sin duda de la hoya que hay en medio del rio, que hasta las lanchas se traga en un remolino de agua: dentro de diez minutos estará en el fon-

do... y esta noche la América es nuestra.—Estos papeles son un tesoro... examinemos... (*Acercan la linterna; él desdobla los papeles, colocándolos en una piedra, y los examina con afan al lado derecho. Los soldados forman grupo á su rededor, y á alguna distancia.—Mendoza aparece al lado izquierdo, saliendo de la casilla: los soldados estan de espaldas á él.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—MENDOZA.

Mendoza. (*Aparte.*) No puedo encontrar á Arnold... y Clara á impulsos del miedo y el dolor se ha desmayado.... Qué haré, Dios mio!...—Qué hombres son esos?

Ander. (*Leyendo.*) No me engañaba... Un resumen completo de las fuerzas americanas...

Mendoza. (*Aparte.*) Qué está diciendo?...

Ander. (*Leyendo.*) El plan de campaña... el orden de batalla que debe observarse en caso de una accion general... el sitio donde han de colocar una emboscada...

Mendoza. (*Aparte.*) Qué oigo!... Ese es el pliego que Súllivan me entregó y yo confié á Zamor!...

Ander. (*Leyendo.*) Todos los recursos con que cuenta el ejército americano... los parages donde estan los almacenes... Que adquisicion!...

Mendoza. (*Aparte.*) Zamor tambien nos ha vendido!

Ander. Ya no estraño la resistencia que hizo el indio, y la prisa con que se tiró al mar...

Mendoza. (*Aparte.*) Ah! pobre Zamor!... le han sorprendido!... Y cómo remediaré?...

Ander. (*Mirando el reloj.*) Las doce... es la hora convenida.—(*Mirando á la derecha.*) Ya diviso la fragata... ha echado el bote al agua... Siento pasos por el camino de West-Pont... es el general Arnold..: la cadena es nuestra!

Mendoza. (*Aparte.*) No será mientras yo viva! (*Deslízase por entre las rocas y se oculta detras del pilar.*)

ESCENA X.

DICHOS.—ARNOLD, *por la izquierda.—Un bote atraca á la orilla, en el lado izquierdo, y salta en tierra* UN OFICIAL INGLÉS.

Ander. General Arnold, aqui teneis al capitan Smith, portador de la suma convenida y de los despachos que os confirman vuestro empleo en los ejércitos del rey.—Él está encargado de recibir de vuestras manos la llave que ha de abrir paso á los buques ingleses.—

Arnold. (*Tomando la cartera y diploma que le presenta Smith.*) Esta es la llave: tomadla.—Y este ejemplo terrible sirva de escarmiento á las naciones ingratas.

Ander. Capitan Smith: en nombre del rey Jorje, abrid esa cadena. (*El capitan se acerca al pilar.—En el mismo instante, Mendoza lo derriba muerto de un pistoletazo, y le arranca la llave: corre á las rocas y dice desde lo alto.*) Esta llave que os entregaba un traidor, idla á buscar al Océano! (*La tira al mar.*)

Arnold. (*Reconociéndole.*) Mendoza!

Los soldados. Qué muera. (*Óyese un tiro.*)

Ander. Deteneos!.— Está dada la alarma!... Alguno de nosotros puede caer prisionero, y en ese caso la vida de este hombre nos sirve de represalia... Guardémosle en rehenes.

Mendoza. Podeis matarme, si quereis: ya he salvado el honor español y la libertad de América!—(*Suenan mas tiros á lo lejos.*)

Ander. La alarma se estiende... es preciso alejarnos!—General Arnold, vos no podeis quedar aqui... seriais la primera víctima... marchad delante... id á bordo de la fragata y llevaos el prisionero. (*Los ingleses se llevan á Mendoza al bote. Arnold los sigue. Ander dirije el embarco, quedándose el último.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—NEALIA. *Luego* CLARA.

Nealia. Qué veo!... Mendoza prisionero!... Ah! que no lo sepa la señorita... segun está le costaria la vida!

Clara. (*Pudiéndose apenas sostener.*) Qué ruido!... qué tiros!... dónde está Mendoza?...

Ander. (*Que iba á poner el pie en el bote.*) Clara!... Clara aqui!... y yo que me habia olvidado!... (*Agarrándola.*) Clara, es preciso que nos sigais.

Clara. Dejadme! dejadme!..

Ander. De grado ó fuerza nos seguireis. Vos sois inglesa como nosotros... sois hija del general Hower.

Clara. Del general Hower?... Esto es lo que me indicó Zamor!...

Ander. Y sois mi esposa... venid, venid...

ESCENA XII.

DICHOS.—ZAMOR, *seguido de soldados americanos.*

Zamor. No te dije que recobraria los papeles?... Eres mi prisionero.— (*Los soldados americanos se dirijen al bote, que huye, haciéndose al mar á todo remo.*)

Ander. Socorro!... socorro!...

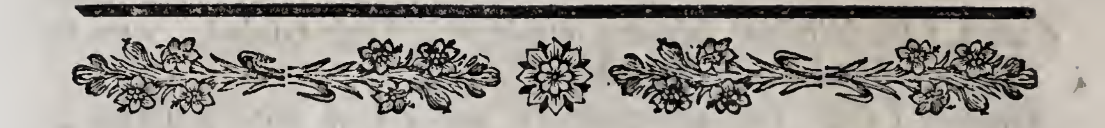
Zamor. Escusado es que grites... tus compañeros son pocos y te abandonan. Yo te hago prisionero en nombre de Vashington, á quien yo he avisado, y viene con tropa... míralo!...

ESCENA XIII.

DICHOS.—WASHINGTON. SOLDADOS.

Vashington. Compañeros, la traicion se ha descubierto, y será castigada! — (*Señalando á Ander.*) Recoged á ese hombre los papeles de que se apoderó, y llevadle para que sea juzgado como espía.—Ya lo veis, conciudadanos: la América no ha perdido esta noche mas que un hijo indigno. Todas las medidas estan tomadas. Las baterias de la isla van á hacer fuego á la fragata... mirad!... (*La fragata aparece; las baterias de la isla hacen fuego sobre ella, y le obliga á retroceder.*) La América se ha salvado!—Compañeros!... Dios proteje nuestra indepencia! (*Los soldados americanos agrupados á la orilla y subidos en las rocas aplauden la victoria agitando los sombreros.*)

Todos. Viva la América!



Acto cuarto.

El teatro representa la sala del consejo en la fortaleza de Vest-Pont. En el fondo una ventana que da á la mar.—Una mesa y sillas dispuestas para el consejo.—Encima de la puerta, la bandera americana y la bandera española.

ESCENA PRIMERA.

VASHINGTON. THOMPSON. OFICIALES *americanos y españoles.*

Vashington. Ya sabeis, señores, los acontecimientos de esta noche. Pero por fortuna el crimen de ese hombre no ha sido funesto mas que á él solo. Retirado Arnold hace tiempo del servicio activo, no estaba iniciado en ningun secreto de nuestro plan de campaña: la única persona que los ha sabido por los papeles que logró interceptar, y han sido recobrados, es el mayor Andér, ese espía inglés á quien hoy se va á juzgar. Id, señores, anunciad estas nuevas al ejército, y calmad la agitacion y la desconfianza que reinan en los soldados. Decidles que no se ha hallado en toda la América mas que un traidor; y que la perfidia es impotente contra un pais que combate por su libertad. (*Vanse algunos oficiales.*) Coronel, id de parlamentario al general Clinton, y proponedle el cange del capitan español don Juan de Mendoza: obtenedlo á cualquier precio: es preciso rescatarle: la América entera debe levantarse en masa para libertarle, porque todo se lo debe. (*Vase el coronel.*) Sargento Thomp-

son, haced que se den las órdenes convenientes para que el consejo de guerra se reuna aqui dentro de una hora. (*Vase Thompson. Tomando un anteojo y acercándose á la ventana.*) Hola!... no parece que los enemigos han renunciado á su tentativa de desembarco, porque alli está la fragata inglesa sin alejarse de la playa. Que no se la pierda de vista: el mar bate estas murallas, y podrá acercarse aqui si estamos desprevenidos. (*Oyese voceria á lo lejos.*) Qué gritos son esos?... Hácia este lado suenan, y parece que se van acercando... veo venir soldados en desorden... Nos habrá atacado el enemigo... (*Sale Hamilton con varios oficiales.*) Qué es eso?... qué hay?

Hamilton. General, los soldados, furiosos con lo ocurrido esta noche, se han amotinado pidiendo venganza de la traicion de Arnold. Han sabido que la señorita Clara está todavia en Vest-Pont, y quieren castigar en ella el crimen del general.

Vashington. Qué oigo?... y se atreven!...—Coronel, haced que se abran las puertas, que se permita á esos soldados entrar á mi presencia: decidles que su general les espera, y está pronto á hacerles justicia. (*Vase Hamilton.*)

ESCENA II.

DICHOS.—NEALIA.

Nealia. (*Corriendo.*) Ah! general!... salvad á mi pobre ama!... Hay unos soldados furiosos debajo de nuestras ventanas, que no cesan de gritar: «Venganza!»

Vashington. Tranquilizaos: sé cuál debe ser mi conducta con la hija del general Hower: voy á buscarla á su habitacion. (*Entrase por la derecha.*)

Nealia. Vamos!... esto es otra cosa!... Teniendo por defensor al general en gefe, ya no hay miedo. (*Vuelve á oirse la griteria.—Sale por la derecha Zamor con una espada en la mano.*)

Zamor. Y Clara?... dónde está Clara?

Nealia. En su cuarto.

Zamor. Que no salga... ó es perdida.

Nealia. No tengas miedo: el general en gefe está con ella.

Zamor. Vashington!... ah! entonces no se atreverán.—Pe-

ro con todo, yo estaré aqui.—Oye, Nealia: yo quiero saber qué ha sido de Mendoza: corre á la playa, junto á la cadena... alli encontrarás un indio: date á conocer, y él te dirá cuál ha sido la suerte del capitan español en el campo ingles. Si le amenaza algun peligro, vuelve volando aqui... tu venida bastará para anunciármelo; pero no se te escape una palabra delante de Clara... (*Vuelve la griteria.*) Ahí vienen... marcha pronto... yo me quedo á recibirlos. (*Nealia se va por un lado.—Los soldados amotinados salen por otro dando gritos de furor.—Zamor permanece, espada en mano, delante de la puerta del cuarto de Clara.*)

Los soldados. Muera!... muera!...

Zamor. Antes que llegueis á ella, pasareis por encima de mi cadáver.

Soldados. Muera la hija del traidor!... muera!... muera!... (*Aparecen Vashington y Clara.*)

Vashington. Buscais á Miss Clara?... vuestro general os la presenta. Señora, el hombre que os servia de padre ha evitado con la fuga el castigo que hubiera sido forzoso imponerle. Las maldiciones que se echan á su nombre no alcanzan al vuestro; porque las faltas son personales; y aun cuando fuerais hija de ese general que tan vilmente ha burlado nuestra confiancia, os mirariamos como una huérfana desgraciada, y la América os serviria de madre. Pero desde ayer nadie ignora que perteneceis por vuestro nacimiento á nuestros enemigos, que sois hija del general Hower; y de ello nos damos el parabien; porque ya es menor la distancia que os separa de nosotros: mas simpatizamos con la hija de un valiente inglés, que con la de un americano traidor: ya sois para nosotros mas respetable que antes; porque sois nuestra huéspeda.—Queremos que la hija de un inglés pueda dar testimonio de que para defender su independencia, la América se vale de medios nobles, y sabe alcanzar su libertad sin menoscabo de su honor.

Todos. Viva Vashington!

Thompson. (*Saliendo.*) General, segun vuestras órdenes, se ha conducido al mayor Andér á la sala inmediata para que preste declaracion, antes de presentarse al consejo.

Vashington. Ya lo ois, soldados: el tribunal va á reunirse para juzgar á un traidor. Si vuestro general es indul-

gente con la inocencia, será inflexible con el delito.

Los soldados. Viva Vashington! (*Vashington marcha rodeado de los soldados que lo victorean con entusiasmo.—Clara queda sola con Zamor, que sigue con la vista á Vashington.*)

ESCENA III.

ZAMOR. CLARA.

Zamor. Hombre superior!... los ha convencido con sus nobles palabras.—Ah! si hubieran sido sordos á su voz, yo estaba aqui, señora, yo estaba aqui para salvaros ó morir con vos.

Clara. Vos aqui, Zamor!... á morir por mí!... qué es esto?.. yo os encuentro siempre donde quiera que algun peligro me amenaza!... anoche me dijísteis que me dariais á conocer mi familia... y ahora...

Zamor. Ahora vengo aqui á cumpliros la palabra que os dí anoche.

Clara. Hablad, hablad... porque hasta ahora lo único que me han dicho es: "eres inglesa... eres hija del general Hower..." pero, y mi madre?... nadie me ha hablado de mi madre!...

Zamor. Vuestra madre, señora!... vuestra madre fue infeliz!—Seducida, abandonada... separada luego de su hija... porque se la robaron; no pudo sobrevivir al dolor de perderos...

Clara. Ha muerto!... tambien mi madre ha muerto!...—Conque estoy sola en el mundo! Nadie queda de mi familia!...

Zamor. (*Con dolor.*) Nadie.

Clara. Sola entre dos sepulcros... sin memoria siquiera de una caricia de mi madre!... sin haber recibido su bendicion!... sin una hermana... sin un hermano...

Zamor. (*Con viveza.*) Un hermano?...

Clara. ...Que me hablase de ella... que la hubiese conocido, y me acompañase á llorarla!

Zamor. (*Con gozosa inquietud.*) Y vos le amariais tambien?... no le despreciarias?...

Clara. Despreciarle?... yo despreciar á aquel cuya sangre corriese en mis venas!...

Zamor. Pero... y si esa sangre fuera tal que le hiciera avergonzarse á los ojos del mundo?

Clara. A los ojos del mundo... pero nunca á los ojos de su hermana.—Una hermana no puede rechazar de sí al que ha nacido del mismo seno que ella, al que se ha criado con la misma leche, al que una misma bendicion ha hecho su igual y su hermano.

Zamor. (*Dudoso.*) Cómo!... aunque fuese un pobre indio...

Clara. Qué decís?... un indio?... pues qué, mi madre...

Zamar. Vuestra madre nació en nuestros bosques... y vos tambien sois india... vuestros ojos vieron el primer rayo de luz en las tolderias de los mohicanos... allí tambien nació vuestro hermano...

Clara. (*Con viveza.*) Y vive todavia?

Zamor. (*Conmovido.*) Vive.

Clara. Y aun no me habeis dicho dónde está?... no me habeis dicho su nombre?... Y estais conmovido... estais trémulo... con los ojos llenos de lágrimas...—Ah!... ahora recuerdo... Nealia me ha repetido una historia que vos le contásteis... la hija de un noble inglés... robada... y un indio... un hermano que la busca por las ciudades... —Ah! Zamor! tú eres mi hermano! (*Se echa en sus brazos.*)

Zamor. Hermana mia!

Clara. Ya no necesitas esplicarme nada... Nealia me lo ha contado todo... Solo ignoraba los nombres: ya sé cómo caí en poder del general Arnold... ya sé cómo has cumplido el precepto que te impuso mi madre de velar por mí... ya sé que me has sacrificado tu vida... ya sé por qué te amaba tanto antes de saber que eras mi hermano!

Zamor. Hermana!... hermana mia!... Ah! por gozar estos momentos hubiera dado el resto de mi vida!... Ay! ya te veo... ya te abrazo... ya te oigo llamarme hermano!...

Clara. Siempre... siempre... y delante del mundo entero.

Zamor. Qué dices!... eso no!... yo no merezco tanta dicha!

Clara. Cómo no?

Zamor. Clara: aquí tienes la prueba de tu nacimiento: en este escrito el general Hower te reconoce por hija suya. Este papel te hace rica y noble. Ahora bien, entre las muchas imposturas que ha usado conmigo Arnold, una sola verdad me ha dicho que está grabada tristemente en mi corazon. La heredera de un noble inglés no debe de-

clarar que es hija y hermana de indio: la que va á ser esposa de un noble español no debe descubrir que pertenece á esta raza despreciada. Clara, yo juré á mi madre hacer tu felicidad... y es preciso que sea esta la última vez que me llames hermano... y la última vez que yo te llame hermana!

Clara. Cómo!... quieres dejarme?...

Zamor. Dejarte!... No.—Hoy mismo, yendo yo al campo enemigo á ver á los indios que están al servicio inglés para informarme...

Clara. De qué?

Zamor. De nada... Pues esos mismos indios me han rogado que vuelva á ser su gran-cacique, ofreciéndome volverse conmigo á los bosques y obedecerme ciegamente si yo les juraba no abandonarlos mas: todo lo he rehusado por tí, Clara, por seguirte, por vivir á tu lado... por ser esclavo tuyo. Sí, Clara, esclavo tuyo... porque yo no he de entrar en tus salones, ni sentarme á tu mesa; no: es preciso que todos ignoren los lazos que nos unen... pero yo te serviré de criado, y te veré todos los dias... y cuando esté cubierto de sudor, rompiendo con mis manos los terrones de tu huerto, ó removiendo la tierra de tus jardines... entonces, hermana, si pasas cerca de mí, dime con los ojos solamente: "hermano mio..." y yo seré mas feliz que el gran-cacique de los indios!

Clara. No, no!—yo te llamaré hermano á la faz del mundo. El mismo Mendoza te dará ese nombre con orgullo... Ah! que venga!... estoy ya impaciente por decírselo!...—Cómo es que no está aqui?... esta tardanza!... Le amenaza otro peligro?... (*Prestando atencion.*) Alguien viene... no es él!

Zamor. Es Nealia. (*Aparte.*) Ya está de vuelta... yo tiemblo!

ESCENA IV.

DICHOS.—NEALIA.

Nealia. (*Aparte á Zamor.*) He visto al indio, y me ha dado noticias.

Zamor. (*Aparte á Nealia.*) Qué hay de Mendoza?

Nealia. (*Id.*) Los ingleses estan furiosos: quieren fusilarle.

Zamor. (*Id.*) Gran Dios!

Nealia. (*Id.*) Puede que ya lo hayan hecho!
Zamor. (*Id.*) Es posible!...
Clara. Qué ocurre?... qué tienes, Nealia?
Nealia. Nada... nada... señorita...
Clara. Cómo nada?... pues, y esa turbacion?... y esos misterios con Zamor?... Algo me ocultais... algun nuevo peligro me amenaza á mí... ó á él...
Nealia. Tranquilizaos, señorita... no creais...
Clara. Ah! yo creo en vuestro semblante mas que en vuestras palabras. Sí!... Mendoza está en peligro!... Habla, quiero saberlo todo!... no puede haber nada mas cruel que esta incertidumbre.—Tú, Zamor, tú, si me amas, respóndeme... yo te lo ruego!...
Zamor. Pues bien... el capitan Mendoza...
Clara. Qué?
Zamor. Está...

ESCENA V.

DICHOS.—MENDOZA.

Mendoza. Está contigo, Clara!
Clara. Mendoza!... (*Da un grito y se echa en sus brazos.*)
Zamor. (*Aparte á Mendoza.*) Es posible!... Capitan... estais libre?... ya no os...
Mendoza. (*Aparte á Zamor.*) Silencio!
Clara. Ah! mi alma que hace un instante resistia al dolor, no puede ahora resistir al gozo!— Mendoza!... eres tú... ya estás á mi lado!... Ah! no volveremos á separarnos nunca!
Mendoza. Sí, sí, Clara... mi amor, mi vida son tuyos!
Clara. Pero no te separarás de mí?
Mendoza. (*Turbado.*) Separarme!... Tal vez... por algun tiempo... si mi deber lo exije...
Clara. Oh! qué deber fatal!
Mendoza. Pero volveré pronto...
Clara. Sí, sí... muy pronto... porque lejos de tí, no vivo.—
Mendoza. Decidme, Zamor, lo que ha ocurrido durante mi ausencia. El mayor Ander quedó hecho prisionero?
Zamor. Sí.
Mendoza. Lo han juzgado ya?... lo han sentenciado?...
Zamor. Todavia no.

Mendoza. (*Aparte.*) Respiro!

Zamor. Pero van á juzgarle al momento por espía, y probablemente le fusilarán...

Mendoza. (*Turbado.*) Crees que el consejo...

Zamor. Ya sabeis que esta noche el mayor Ander me quitó los pliegos que vos me habiais confiado; y aunque se han podido recobrar... como ya él los ha leido...

Mendoza. Sí, todo eso lo presencié... y no me fue posible arrancárselos...

Zamor. Ya veis, pues, que seria peligroso dejarle vivo; porque si lograra escaparse y volver al campo inglés, podria con sus revelaciones comprometer al ejército. Ademas, es un espía, y entre los blancos, lo mismo que entre los indios, los espías tienen pena de muerte. Esto es lo que he oido decir. (*En voz baja.*) Pero y vos, capitan?... han tenido la generosidad de dejaros libre?

Mendoza. Sí, sí... calla! (*Habla con Clara.*)

Zamor. (*Aparte.*) Es cosa singular!—no le veo con la alegria de un prisionero que se ha escapado de la muerte.

Nealia. (*Aparte á Zamor.*) Diga lo que quiera, su venida no me da buena espina!

Thompson. (*Saliendo.*) Los miembros del consejo de guerra van á trasladarse á esta sala para juzgar al espía inglés.

Mendoza. (*Aparte.*) Tan pronto!

Clara. Venid, Mendoza, tengo tantas cosas que deciros!...

Mendoza. No puedo ahora... Necesito en este momento hablar á Vashington... Zamor, Nealia, á vosotros la confio.

Clara. Si os veis precisado á marchar, me vereis antes?

Mendoza. Os veré, Clara.

Clara. Pronto, no es verdad?... y para siempre.

Mendoza. Para siempre!... (*Aparte.*) Pero no en la tierra! (*Besa la mano de Clara, que se va con Nealia.*)

Zamor. (*Yéndose.*) Algun misterio hay en esto... yo lo averiguaré.

ESCENA VI.

MENDOZA, *solo.*

En libertad, bajo palabra de honor!... en libertad por dos horas!—Aqui me envian los ingleses para que negocie

yo mismo mi cange con el mayor Ander... Mi vida responde de la suya: si él es fusilado, yo lo soy tambien... y veo que la muerte del espía es mas necesaria que mi vida al triunfo de los americanos. — Ah! Clara! Clara!... si te habré visto por la última vez!... y ahora que puedo ser tu esposo!... (*Óyese tocar llamada.*) Ya viene el consejo. — Valor! — Ya no soy esposo ni amante: ya no soy mas que un soldado español que combate por la libertad de América!

ESCENA VII.

VASHINGTON. MENDOZA. HAMILTON. OTROS TRES OFICIALES.

Vashington. Vos aqui, capitan Mendoza!... acaban de decírmelo; pero como el parlamentario que envié no ha vuelto aun, supongo que habeis logrado evadiros?

Mendoza. Sí, general.

Vashington. Señores, acercaos, acercaos... felicitad al bizarro oficial español... ó mas bien felicitemos á la América, que ha recobrado el generoso aliado á quien debe su salvacion!

Mendoza. (*Aparte.*) Quiza me la va á deber dos veces!

Vashington. Llegais á tiempo para tomar asiento, como de costumbre, en el consejo de guerra. Vuestra silla, á no presentaros, hubiera permanecido vacante, porque nadie se juzgaba digno de ocuparla. Representareis á la España en el consejo: la América no pronunciará una sentencia, no tomará una determinacion importante, sin consultar á la generosa aliada, cuya bandera está alli unida á la suya.

Mendoza. Pronto estoy á ocupar mi silla, general; la América puede contar conmigo y con los mios. Pero no se dilate el consejo; porque una comision... acerca de la cual debo guardar secreto... me obliga á ausentarme dentro de dos horas.

Vashington. Va á empezar el juicio, y pronto quedareis libre.—Tomemos asiento.— (*Siéntanse al rededor de la mesa.*) Comparezca el acusado.

ESCENA VIII.

DICHOS. ANDER.

Vashington. Cómo os llamais?
Ander. Juan Ander.
Vashington. Qué edad teneis?
Ander. Treinta años.
Vashington. Ya habeis leido las declaraciones de los testigos que os acusan de espionage y de traicion.
Ander. Ni soy espia, ni traidor.=Soy mayor en el egército de S. M. B., y el disfraz que he tomado es una estratagema permitida por las leyes de la guerra. Yo soy prisionero de guerra como los demas: si se sacrifica mi vida, la sentencia que me condene será tambien la sentencia de muerte de todos los americanos prisioneros en el campo ingles, y en particular del capitan español don Juan de Mendoza.
Vashignton. Si es esa la esperanza que os alienta, temblad; porque el capitan Mendoza es uno de vuestros jueces.
Ander. (*Mirándolo.*) Es cierto!... soy perdido!
Mendoza. Y aun cuando yo estuviera en poder del enemigo, el temor de esa terrible represalia no deberia detener el curso de la justicia americana.
Vashington. Confesais, pues, vuestra complicidad en la traicion del general Arnold?
Ander. No: yo nó he sido su cómplice.
Vashington. Cómo?
Ander. Porque he sido el autor.
Vashington. Y tambien de las tentativas criminales de esta noche?
Ander. Yo he sido el alma de todo lo que se ha hecho.
Vashington. Confesais tambien, que por medio de la astucia y la violencia os apoderásteis de los pliegos que contenian nuestro plan de operaciones: que los habeis leido, y que por consiguiente, sabeis nuestros proyectos y sois dueño del secreto de nuestras fuerzas?
Ander. Es cierto: todo lo confieso.
Vashington. Teneis algo que añadir en defensa vuestra?
Ander. Nada.—Como soldado del rey Jorge, he hécho por su causa cuanto he creido útil; ese era mi deber, como

es el vuestro, sin duda, condenarme por ello. Nada niego: de nada me arrepiento. Juzgadme.—No tengo mas que decir en defensa mia.

Vashington. Retirad el acusado; el consejo va á deliberar.—Se le notificará inmediatamente la sentencia.

ESCENA IX.

VASHINGTON. MENDOZA. HAMILTON. LOS TRES OFICIALES. THOMPSON *á la puerta.*

Vashington. Señores: debo recordaros lo que previene la ley: el consejo se compone de seis vocales: en caso de empate, el acusado queda absuelto.—Hablad, señores.

Un oficial. Mi opinion es que no hay en este caso consideracion alguna que deba detener el curso de la justicia. El mayor Ander es un espía; debe morir.—En ley y conciencia este es mi voto.

Otro oficial. Y el mio.

Hamilton. Mi opinion es, que el mayor Ander no es mas, que prisionero de guerra. Ya que se usó de indulgencia con el hijo de Francklin, convicto de complicidad en una conspiracion contra el general en gefe, y se le perdonó; no debemos ser menos generosos con un ingles, que si ha traspasado un tanto las leyes de la guerra, no debe ser considerado como traidor.—En conciencia, este es mi voto.

Otro oficial. Yo opino como el coronel Hamilton.

Mendoza. Hasta ahora los votos están empatados. Hablad vos, general.

Vashington. No creo que haya nadie que pueda acusarme jamás de inclinado á verter sangre; pero por mas grave que sea disponer de la vida de un hombre, hay ocasiones en que la clemencia es culpable. Yo podria haceros observar que cuando los enemigos no perdonan medio, por vedado que sea, para combatirnos, es peligroso dejar con vida á un oficial que la suerte ha iniciado en todos nuestros secretos; pero sin alegar esta razon, que deberia por sí sola bastar á decidirnos, la justicia de las naciones no consiente que quede impune un hombre que con un disfraz y un nombre supuesto se ha introducido en nuestros

pueblos, ha habitado en ellos, ha espiado nuestros planes, ha corrompido á fuerza de oro á nuestros generales, y de acuerdo con un traidor ha intentado abrir esta noche á la escuadra enemiga la entrada del rio que conduce al corazon de los Estados-Unidos.—Señores, si establecemos este funesto precedente, queda asegurada la impunidad para todo linage de traiciones. Y adviértase, que será sin compensacion para la América; porque jamas en esta lucha querrá valerse de los medios vergonzosos que la Inglaterra acaba de emplear.—Juan Ander debe ser calificado de espía; y con arreglo á las leyes y usos de todas las naciones merece la muerte.—En ley y conciencia este es mi voto.

Mendoza. Ese es vuestro voto, general?—Lo habeis meditado bien... y creeis que este acto de severidad es indispensable al triunfo de nuestra causa?

Vashington. Jamas he tenido una conviccion mas íntima y profunda.—En prueba de ello, firmo sin vacilar la sentencia de muerte. — Siga mi ejemplo el que quiera. (*Firma.*)

Un oficial. Yo tambien la firmo. (*Firma.*)

Otro oficial. Y yo. (*Firma.*)

Hamilton. (*Devolviéndola.*) Yo no.

Otro oficial. Yo tampoco.

Vashington. Hay solo tres firmas.—Señores, está empatado: el mayor Ander queda absuelto.

Mendoza. Os equivocais, general.—Si es necesario que el mayor Ander muera para asegurar el triunfo de la libertad, morirá...—Mi voto aquí decide... y yo firmo su sentencia. (*Aparte.*) Y la mia! (*Firma.*)

Vashington. Bien, capitan!—No esperaba menos de vuestra adhesion á la causa de América! (*A Thompson.*) Haced abrir las puertas. (*Poniéndose en pie.*) Por mayoria de cuatro votos contra dos, el consejo de guerra reunido para juzgar á Juan Ander, le declara culpable de espionage y de traicion, y le condena á la pena de muerte.—Y siendo juicio sin apelacion, manda que la sentencia sea ejecutada inmediatamente.—Sargento Thompson, tomad. (*Le da la sentencia.*) Cúmplase ahora mismo. (*Vase Thompson.*)

Mendoza. Y ahora, general, permitidme que marche.

Vashington. Tan pronto nos dejais?

Mendoza. Me es forzoso, general; es un caso de honor, y tengo que cumplirlo.—A Dios!

ESCENA X.

DICHOS.—ZAMOR. UN CORONEL.

Zamor. Deteneos... deteneos... No le dejeis marchar!

Vashington. Que decís?

Zamor. Se vuelve al campo ingles donde le espera la muerte.

Mendoza. Silencio, Zamor!—No le creeais... os engaña.

Zamor. No, no!... él es quien os ha engañado.

Vashington. Es esto verdad, coronel?... y el cange que os mandé proponer?

El coronel. Llegué tarde, general: el capitan Mendoza habia marchado ya.

Zamor. Los ingleses lo han puesto en libertad bajo palabra de honor, para que venga él mismo á negociar su cange con el mayor Ander, á quien desean rescatar á todo precio: la vida del capitan responde de la vida del mayor... y vosotros acabais de condenarle á muerte!

Vashington. Y él mismo ha firmado la sentencia!

Mendoza. Mi deber lo exigia. No me habeis dicho que su muerte era indispensable al triunfo de nuestra causa?

Vashington. No tan indispensable como vuestra vida...

Mendoza. Os engañais, general.—Cuando yo haya muerto, formad la division española que teneis á vuestras órdenes, y sacad para que me reemplace un soldado... cualquiera de ellos! vereis que nada habeis perdido; porque todos los soldados españoles son iguales en honor y bizarria!

Vashington. Lo sé; y por lo mismo no debemos consentir que ninguno de ellos perezca sin gloria... Señores, puesto que no hay otro medio de salvarlo... que no muera el mayor Ander, y sea restituido á los ingleses... (*A un oficial.*) Corred... que se suspenda la egecucion. (*Vase el oficial.*)

Zamor. Yo iré mas pronto! (*Vase precipitado.*)

Vashington. Dios mio! permitid que llegue á tiempo!—(*Oyese una descarga.*) Ah! ya es tarde!—Vos mismo habeis firmado vuestra sentencia de muerte!... y hemos de permitir que seais víctima de tan heroica accion?... No, no! Vos no volvereis al campo ingles, donde os espera la muerte.

Mendoza. Porque me espera la muerte, debo volver al instante.—A las dos en punto el mayor Ander ó yo, hemos de estar en el campo ingles. El mayor ha muerto, sentenciado por mí!... Yo debo, pues, ir á presentar mi cabeza en cambio de la suya... y no hay remedio: iré. Solo el poder de Dios bastaría á impedírmelo, matándome en el camino... La hora se acerca... dejadme marchar!...

ESCENA XI.

DICHOS.—CLARA. ZAMOR.

Clara. Mendoza!... no has de marchar!

Mendoza. Clara!... Clara!...

Clara. Sí, Clara que todo lo sabe, y viene á pedirte cuenta de tu vida; que es la suya! Piensas que así se abandona á una esposa?... No!... no te irás!... no te irás!...

Mendoza. Clara, es preciso! Yo aquí no represento solo mi honor particular, que siendo mio, podría mancharlo á mi arbitrio, si de tal bajeza era capaz: yo represento aquí el honor de una nacion entera, el honor español, que la patria ha depositado en mí; y por lo mismo que estoy entre estrangeros, es preciso probarles que ningun soldado del mundo raya mas alto que el soldado español!—No quiero que los ingleses puedan decir un dia: "el capitan don Juan de Mendoza faltó á su palabra por las lágrimas de una muger.»

Clara. Por las lágrimas de una muger!... Ah! dí mejor, por su vida!—Faltó á su palabra, dices?... y no me la habias dado á mí, antes que á ellos?—Tu vida me pertenece. Quién te ha dado derecho para firmar esa sentencia que ligaba tu vida á la del espia?... No, no!... La bajeza, con quien la cometes es conmigo... yo soy aquí la engañada y la vendida!...—General!... señores!... amparadme!... no le dejeis marchar... ó matadme con él!

Vashington. Capitan: por mas sagrada que sea vuestra palabra, podeis á lo menos dilatar su cumplimiento. Yo voy á presentarme al congreso, y este dará cuenta al general ingles de lo que ha pasado.—Pero, por ahora, os impediremos ir á sufrir una pena, que sería un asesinato.—Señores, si hay deshonor en que el capitan permanezca aquí, caiga ese deshonor sobre nosotros. Capitan Mendoza, ya no sois prisionero de los ingleses: sois prisionero

mio.—Que se cierren todas las puertas. (*Se cierran las puertas.*)

Clara. Ah! se ha salvado!... Mendoza!... esposo mio!... ya no hay deshonor!—No me responde... está mudo á mis lágrimas... insensible á mi amor... Ah! tú no me amas... no me amas!...

Mendoza. (*Va á echarse en un sillon.*) Sí!... sí te amo!... por tí falto á mi nombre... á mi gloria... á mi patria... á mi rey!—Ah! Clara!...

Clara. Ah! eres mio... mio para siempre!... (*Dan las dos.*)

Mendoza. (*Levántandose.*) Las dos!... Ah! los ingleses estarán ya diciendo que un oficial español ha faltado al honor! (*Recorriendo la escena.*) Ah! puesto que me atais... puesto que me encerrais dentro de estas murallas, convertidas en un calabozo... dejadme arrancar de aquí esta bandera en que mi cobardia va á echar una mancha eterna... (*La arranca.*) dejadme que la arroje al mar.. (*Va hácia la ventana del foro.*)

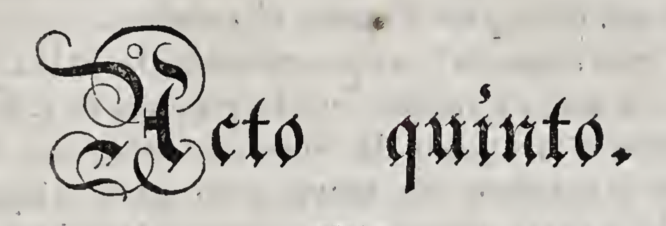
Vashington. Capitan...

Mendoza. (*Aparte.*) Qué miro!... una fragata inglesa... cerca de aquí!...—General Vashington, el honor español me manda desobedeceros. A Dios! Me voy al campo ingles! (*Pone el pie en la ventana, y se arroja al mar con la bandera en la mano. Oyese el ruido que hace al caer.*)

Todos. (*Dando un grito.*) Ah! (*Clara cae desmayada.*)







Acto quinto.

El teatro representa el campamento ingles.—Tiendas de campaña &c.

ESCENA PRIMERA.

FORSTER. DUNCAL. EL SARGENTO GROOM. OFICIALES. SOLDADOS INGLESES Y ESCOCESES. INDIOS.

Al levantarse el telon los soldados ingleses y escoceses y los indios, hacen el egercicio, distribuidos en varios pelotones, mandados por sus respectivos instructores: el peloton de indios lo manda el sargento Groom.—El mayor Forster los recorre y examina.

Forster. (*Mirando el reloj.*) Basta: ya es hora de descansar. (*Hace seña á un tambor que da un redoble.*) Rompan filas. (*Unos soldados entran en las tiendas: otros van al fondo y se recuestan en tierra despues de hacer pabellones. Los indios quedan en escena.—Forster se va.*)

Groom. Ira de Dios! que duros son estos malditos para aprender!—Está visto: en la vida se hará carrera de ellos: un año hace que aprenden el ejercicio, y están como el primer dia.—No hay en el mundo cabezas mas duras que las de estos mohicanos. (*A Duncal.*) Dime tú, cara de cobre, que segun parece eres el gefe de estos angelitos; no quieren aprender el ejercicio?

Duncal. Y para qué les sirve eso?

Groom. Cómo que para qué les sirve? para saber hacer la guerra como Dios manda, y matar al enemigo por tiempos.

Duncal. Para batirse bien, no hay necesidad de aprender todo eso. Y la prueba es que los mohicanos hace siglos saben matar blancos sin conocer esas maniobras.

Groom. Así lo hacen ellos!... sin táctica, sin orden... sin fuego de mitades... sin formar el cuadro...

Duncal. Y qué importa?—En acertando la bala...

Groom. Sí: lo que es en eso, no hay quien os eche la pata: no he visto á ninguno de vosotros errar un tiro.—En resolucion, vosotros no servís sino para disponer una emboscada y cazar enemigos; cortarles la cabeza y traerlas luego para que se os dé por cada una la suma convenida.

Duncal. Mas de treinta hemos traido estos dias, y aun no se nos han pagado.

Groom. Ya se os pagarán... no ha habido tiempo de pensar en esas menudencias... ¿No sabeis que se va á dar una accion de un momento á otro?

Duncal. Prontos estamos. Mientras la tribu no nombre un Gran cacique á quien tendremos que obedecer, cada uno es dueño de su persona, y puede servir á quien quiera: nosotros os hemos ofrecido nuestros brazos: contad con ellos.

Groom. Bien.—Y no sabeis la novedad?—Esta noche se ha presentado un general americano, que les ha vuelto casaca. Esto á nosotros nos viene bien; pero acá, inter nos os digo, que yo por mi parte, con ser un simple sargento, no me cambiaria por él, á pesar de sus bordados y su sueldo... porque, amigos, el honor... y la... (*Reparando que los indios le miran con cara estúpida sin entenderle.*) Borrico!... pues no les estoy hablando como si fuera gente que me entendiera!—Ea, despues de la accion se os pagará todo lo que se os debe.=Ahora andad á comer el rancho... y si me haceis luego bien la carga en once voces se os dará un vaso de rom para refrescar.—Paso redoblado... marchen! (*Vanse los indios.*)

ESCENA II.

ARNOLD. CLARA. NEALIA. GROOM. CENTINELAS.

Clara. Ya lo veis, señor, nada me ha detenido; y sin mas compañia que la de Nealia, he llegado al campo ingles, y

hace un siglo que estoy preguntando por vos á los soldados... Sí; porque vos solo, señor, podeis salvarlo!

Arnold. Me suponeis aquí mas crédito que el que realmente tengo.

Clara. Ah! si conservais en vuestro corazon algun recuerdo de aquel dulce nombre de hija, con que tanto tiempo me habeis llamado, compadeceos de mí... salvad á Mendoza!...

Arnold. Aquella es la tienda del general Clinton: de él solo depende la vida ó la muerte de ese español: vamos á hablarle. (*Dirígense á la tienda.*)

Groom. Atras!

Arnold. El general Clinton?

Groom. No está aqui: ha ido á recorrer el campamento.

Clara. Ah! corramos, corramos!... no sea que lleguemos tarde!

Arnold. Sabeis si el prisionero español ha vuelto de Vest-Pont?

Groom. No ha vuelto todavia.—Aquí tiene orden de presentarse á dar cuenta de su comision al general Clinton.

Arnold. Ya lo oís Clara, aun no ha vuelto.

Clara. Pero no puede tardar.

Nealia. Quién sabe, señora!—Puede que alguna de las lanchas, que mandó salir Vashington tras él, lo haya alcanzado.

Clara. Es verdad!... puede ser!...

Nealia. Y en ese caso, ya lo tendrán en Vest-Pont de modo que no vuelva á escaparse.

Clara. Dices bien. Nosotras salimos mucho despues que él... y hace ya muchas horas que andamos por el campamento... No hay duda, lo han alcanzado... lo han salvado... Sí! Dios ha oido mis súplicas! (*Viendo salir á Mendoza.*) Ah! me engañaba el corazon... él es!!

ESCENA III.

DICHOS.—MENDOZA *entre soldados.*

Mendoza. Clara!... Clara mia!... tú aquí!

Clara. Y cuál es mi puesto cuando la muerte te amenaza?

Mendoza. Ah! Yo bendigo y maldigo á un tiempo estos instantes!—Clara mia! á que has venido!... á que me pones á esta prueba terrible!... Crees que Dios me ha dotado

de un valor sobrenatural?—Quieres presenciar mi muerte, para que yo muera como un cobarde?...

Clara. Morir?... tú has de morir?... No, no morirás.—Yo soy inglesa, y vengo á pedir el perdon á mis compatriotas!—El general Arnold viene tambien en persona á pedirlo.

Mendoza. El general Arnold... (*Repara en él y le vuelve la espalda con desprecio.*) No habia reparado.

Arnold. Señor capitan!

Mendoza. Qué me quereis?—Qué hay de comun entre vos y yo?

Arnold. Compadecer vuestra suerte!

Mendoza. Compadecerme á mí... quién? vos? Yo voy á morir con honor!—Guardad esa compasion para vos mismo que vais á vivir sin él.

Clara. Mendoza!... (*Oyense las bandas que tocan á lo lejos llamada.*)

Arnold. Ya viene el general Clinton.

Clara. Oh! Dios mio! oye mis ruegos!... dispon su corazon á la clemencia!

ESCENA IV.

DICHOS.—CLINTON. FORSTER. ESTADO-MAYOR.

Clinton. Ya lo habeis observado, señores: los movimientos del enemigo indican que va á presentarnos la batalla, y esta debe ser decisiva. El rey espera que todos y cada uno cumplirán su deber·—Señores, á sus puestos. (*Varios generales y gefes marchan por diversos puntos.*) Cuánto tarda el mayor Ander!... él solo sabe el plan de operaciones del enemigo... y sus noticias nos darian la victoria... (*Viendo á Mendoza.*) Qué veo!... El capitan Mendoza aqui!—Y la comision que os encargué?

Mendoza. La he cumplido, general; y vengo á daros cuenta de ella.

Clinton. Pero yo no os esperaba á vos, sino al mayor Ander.

Mendoza. El mayor Ander ha sido condenado á muerte delante de mí, y fusilado por espía.

Clinton. Fusilado!

Mendoza. Los Estados-Unidos y la España no conceden perdon ni á los espías ni á los traidores. Pero en estas dos

naciones se sabe cumplir una palabra dada. Vengo á cumpliros la mia, general, trayendoos mi cabeza en cambio de la del mayor Ander.

Forster. (*Aparte.*) Ah! bizarro español!

Clara. General Clinton... perdon!... perdon para mi esposo!... Ante un rasgo de tanto heroismo, las leyes de la guerra deben enmudecer.

Clinton. Señora!... (*A Mendoza.*) Capitan, creed que me cuesta un esfuerzo penoso el cumplimiento de mi deber en esta ocasion; pero vos sois soldado como yo, y sabeis que no puede transigirse con las leyes de la guerra.

Mendoza. General, estoy pronto.

Arnold. Sin embargo, general Clinton, si yo, en premio de mis servicios, os pidiera el perdon del capitan Mendoza...

Clinton. El premio de vuestros servicios ha sido la suma de 30,000 libras esterlinas y el grado de brigadier general en los ejércitos de S. M. Británica: teneis uno y otro: y la obligacion de un general, en el momento de una batalla, es retirarse á su tienda y esperar alli las órdenes del general en gefe.

Arnold. Cómo!... asi se atiende...

Clinton. (*Interrumpiéndole.*) Mayor Forster: no ha habido tiempo de preparar tienda al general Arnold; partid la vuestra con él.

Forster. Pero, mi general...

Clinton. Lo mando.

Forster. Obedezco.—Pero le cedo toda la tienda al general Arnold, y no vuelvo á habitarla.—Y asi que salga de ella la pegaré fuego, por haber servido de asilo á un traidor.

Arnold. (*Poniendo mano á la espada.*) Mayor Forster!...

Clinton. Silencio!

Arnold. Cómo!... insultarme asi delante de todo el ejército!...

Clinton. Silencio!... yo os lo mando.—Mayor Forster, tomad un peloton y cumplid el triste deber que los americanos nos han impuesto por derecho de represalias, pasando por las armas al capitan don Juan de Mendoza.

Clara. (*Abrazándose á Mendoza.*) Ah! no!...

Forster. General, aqui teneis mi espada. Pero sabed que ningun oficial del ejército mandará el fuego contra esa víctima heróica.—Harto hacemos sufriendo á un cobarde

en nuestras filas; pero primero morir, que asesinar á un noble prisionero. No os canseis, general: antes que cumplir esa orden, estamos dispuestos á romper nuestras espadas.

Los oficiales. Sí!... todos!

Clinton. Qué es esto, señores?...

Mendoza. (*A Arnold.*) Decidme ahora... quien de los dos merece compasion? — (*Oyese fuego de guerrillas á lo lejos.*)

Groom. General... las guerrillas han roto el fuego.

Arnold. Ah!... esto no es vivir!... Dadme un fusil!... un fusil!... (*Arranca el fusil á un soldado.*) General, dejadme ir á morir! (*Vase precipitado.*)

Clinton. Señores, la batalla empieza, y aunque deberia castigar vuestra desobediencia, la disculpo en gracia del sentimiento que la dicta, y porque espero que me la hareis olvidar con vuestra conducta en la accion que vamos á sostener.—Sin embargo, las leyes de la guerra han de cumplirse: pero os relevo de la ejecucion, y la encargo á los indios que estan á nuestro servicio.— Que se presenten los mohicanos: ellos ejecutarán la sentencia.

Nealia. Los mohicanos!... qué oigo!...

Clara. (*Aparte.*) Los mohicanos ha dicho?... Cielos!... qué rayo de esperanza!... sí... no hay otro recurso!... Ah!... Quiera Dios que llegue á tiempo!

Mendoza. Clara!...

Clara. (*Aparte á Nealia.*) Ven... sígueme corriendo! (*Vase precipitada con Nealia. — Sale Duncal con los mohicanos.*)

Clinton. Mohicanos: os entrego ese capitan español que está sentenciado á muerte.—Asi que lo paseis por las armas, id á uniros á vuestros compañeros que estan alli en emboscada. Yo echaré hácia esa parte al enemigo, para que vosotros caigais sobre él.—Señores, á caballo y al combate. (*Volviéndose conmovido.*) Adios, capitan! (*Le alarga la mano y se va.—Los oficiales de estado mayor, al pasar por delante de Mendoza se quitan el sombrero con respeto.*)

ESCENA V.

MENDOZA. DUNCAL. MOHICANOS.

(Los mohicanos, con el fusil echado á la espalda, y el hacha en la mano, rodean á Mendoza.—Óyese á lo lejos el fuego.—Mendoza hace una esclamacion de impaciencia.)

Duncal. Blanco, qué eso?... tienes miedo á morir?

Mendoza. Miedo yo!... de qué?... de la muerte que tanto me haceis esperar?... No: este movimiento de impaciencia que os ha parecido de miedo, es porque estoy oyendo el ruido de la batalla, y no porque vuestras hachas me arredren!—Mis compañeros estan peleando, y yo no estoy con ellos!... van á cubrirse de gloria, y yo á morir aqui oscuramente!... Va á decidirse la lucha de los oprimidos contra los opresores... y yo que corrí de un mundo á otro, atravesando el Océano, para tomar parte en ella, voy á morir á pocos pasos de los españoles, y de una muerte infame!... voy á morir el dia de la batalla... y no en la batalla!... Ah!... desde aqui puedo casi distinguir la bandera española... Oh! si yo la viera vencedora, moriria contento!—Pero no hay remedio.

Duncal. Compañeros, no es americano: es un español... y parece valiente!—Pero el cacique inglés á quien servimos nos ha mandado matarle, y á falta del cacique mohicano, debemos obedecerle.

Mendoza. Pues bien, si sois valientes, conocereis el suplicio que estoy pasando, y me librareis de él al momento: No os pido la vida, sino una muerte pronta. No me mateis como á vuestros cautivos, matadme como se mata á un soldado: fusiladme á la europea: yo mismo daré la señal, y vereis si tiembla mi voz, vereis si un español sabe morir.

Duncal. A los blancos he visto que les vendan los ojos para fusilarlos: quieres que te los vendemos?

Mendoza. No!—Las bocas de los fusiles encienden mi valor.—Poneos en línea. (*Los indios se colocan en fila, y toman los fusiles.—Mendoza va á ponerse á corta distancia de ellos.*) Clara! Patria mia!... Adios!—(*Volviéndose de frente á ellos y con voz entera.*) Preparen... arm!— Apunten!... (*Señalándoles el pecho.*)

ESCENA VI.

DICHOS.—ZAMOR.

(*Zamor trae las insignias de gran cacique: las plumas, el cetro, el sol de oro al pecho, &c.*)

Zamor. Mohicanos, rendid las armas!— Ese español es mi hermano.

Los indios. El gran cacique!...

Mendoza. Zamor!

Zamor. Sí, el gran cacique, que desde el fondo de su retiro, en medio de los blancos, ha oido vuestros clamores. El gran cacique, que vuelve á reunir sus guerreros y á mandar su tribu.

Duncal. Veneremos todos al gran cacique!

Los indios. (*Cayendo á sus pies con la cabeza inclinada hasta el suelo.*) Todos!

Zamor. Me jurásteis obedecerme ciegamente, si volvia á vuestro lado. Pues bien; si quereis que siga conduciéndoos por el camino de la guerra, mostraos como guerreros que combaten, y no como verdugos que degüellan. Mohicanos: quién de vosotros osaria clavar á la puerta de su tolderia la cabeza de un blanco muerto sin defensa?

Los indios. Ninguno!

Zamor. Alzad. (*Alzanse los indios.*) El prisionero está libre, y va á marchar custodiado por nosotros.

Mendoza. Ah! Zamor!... te debo la vida.

Zamor. He salvado la de mi hermana, salvando la vuestra!—Ahora quiero abrazaros... (*Le abraza.*) y llamaros hermano!... por la última vez! (*El fuego suena mas vivo y mas cercano.*) Mohicanos: nosotros no debemos pelear al lado de los ingleses, sino al lado de nuestros hermanos, de los que han nacido en la misma tierra que nosotros. Gloria y socorro á los americanos!— Viva la América!

Los indios. Viva!

Mendoza. Qué veo!... soldados americanos vienen hácia aqui en dispersion perseguidos por los ingleses!... Una espada!... una espada! un arma cualquiera!... (*Toma un*

arma de los indios.) Zamor... Mohicanos... firmes aqui!... vamos á detenerlos... á rehacerlos... y á caer sobre el enemigo!

Zamor. Mohicanos, firmes!—*(Los coloca en fila cerrando el paso á los fugitivos.—Llegan soldados americanos en dispersion: los indios los detienen apuntando con sus fusiles.—Mendoza los rehace y forma otra vez.)*

Mendoza. Alto, americanos!... Asi huís!... asi cedeis la victoria!—Ea! cobrad ánimo!... Vashington arrolla al enemigo por el centro! — Seguidme... á la bayoneta!... á ellos!— *(Marcha á la cabeza de todos por el mismo lado de onde salieron.—Por otro salen Clara y Nealia.)*

ESCENA VII.

CLARA. NEALIA.

Clara. *(Reconociendo ansiosa el sitio.)* No hay nadie!... cielos!... nadie!... si llegaria á tiempo!

Nealia. Retirémonos, señora!... la batalla se está dando aqui mismo... pudiera sucederos una desgracia!...

Clara. Los americanos triunfan... y qué me importa, si mi esposo ha muerto!...

Dentro voces. Viva Vashington!...

Nealia. Ois?... Hácia aqui vienen!...

Clara. Me engañan mis ojos!... Cielos!...

ESCENA VIII.

DICHOS.— ZAMOR. *Luego* MENDOZA. VASHINGTON. OFICIALES. SOLDADOS. INDIOS. &C.

Clara. Zamor!

Zamor. Clara!

Clara. Vive?

Zamor. Vive, hermana, y vas á verle en el instante: yo ofrecí á nuestra madre moribunda hacerte feliz: te dejo en brazos del esposo que amas y que yo he salvado: he cumplido mi juramento, y me vuelvo á los bosques.

Clara. Nos dejas?...

Zamor. Lo he jurado!— Los mohicanos no consentian en salvar á Mendoza sino con esta condicion. — Adios: tú

eres feliz, y la América es libre!—Mira! —(*Señalando á Vashington que sale, trayendo á Mendoza, y seguido de todos.*)

Clara. Mendoza! (*Echándose en sus brazos.*)

Mendoza. Clara!...

Vashington. El general Clinton me ha rendido la espada: la América del norte es libre é independiente.—Americanos, ved aqui el héroe á quien todo lo debemos. (*Señalando á Mendoza.*) Capitan, desde hoy, sin dejar de ser español, sois ciudadano de los Estados-Unidos. Entre América y España, alianza y amistad eterna!

Mendoza. Viva la América!

Vashington. Viva España! (*Quitándose el sombrero.*)

Todos. Viva!

FIN DEL DRAMA.



añol (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hostería de Segu-
az bien sin mirar á quién.
rovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—
y amor. —Intrigar para morir. —Ir por lana. —Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.—
ió Napoleon.
obo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de
—Juan de Padilla.—Judía de T[illegible]do.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura
a Gadea.—Justicia aragonesa.
ces de Carnaval. —Lázaro el pastor. —Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—
ngida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Lui-
ais onceno.—Llueven bofetones.
Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Marcela,
l de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—Maria Remond.—Marido de la
a.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale lle-
empo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoleto.—
e.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas estraordinarias.—Me-
ou la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Men-
noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cris-
Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Moli-
Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortes.—Muérete y ve-
Iuger de un artista.—Muger gazmoña.—Muger literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de
ncellas.
el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no
—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es
-Novia de palo.—Novio y el concierto.
ar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el laurel.—
sa con dos puertas.—Otro diablo predicador.
lo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto de [illegible]ambre.—Padre é hijo.—
de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—
-Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—
cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda par-
eluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Peri-
ntre ellos.—Perros del monte de San Bernando.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan
drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de
re Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo
enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—
os amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Pro-
e.—Pruebas de amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.
é dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quie-
cómico.—Quince años despues.
nillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey
.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó
ana etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdichas.—Roberto D'Artevel-
oberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la for-
segunda parte.
l.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Se-
dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bocane-
Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un
ero.—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto ma-
Stradella.—Shakespeare enamorado.
nto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—Tigre
gala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jué
—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus ca-
—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.
leria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza
pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vi-
Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence apariencias.—Vie-
candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.
alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.—Un dia de
-Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio
niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una
.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de fa-
—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—
oda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger ge-
.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hom-
bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un
e candil.—Ultima calaverada.—Una perla en el fango.
da.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERÍA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

80 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, calle de Jesus y María, n.º 4, cto. principal, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle Mayor y de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra.—*Almería*, Alvarez.—*Alcoy*, Marti Roig.—*Algeciras*, Contilló.—*Albacete*, Canovas.—*Avila*, Corrales.—*Barcelona*, Piferrer.—*Badajoz*, Viuda de Carrillo.—*Baza*, Calderon.—*Baena*, Fernandez.—*Benavente*, Fidalgo.—*Bilbao*, García.—*Burgos*, Arnaiz y Villanueva.—*Cádiz*, Moraleda.—*Cáceres*, Viuda de Burgos é hijos.—*Carmona*, Moreno.—*Córdoba*, Manté.—*Cuenca*, Mariana.—*Ciudad Real*, Malaguilla.—*Calatayud*, Larraga.—*Coruña*, Perez.—*Cartagena*, Benedicto y Ródenas.—*Castellon*, Gutierrez Otero.—*Carrion*, Fernandez Merino.—*Ceuta*, Molina é Ibañez.—*Ecija*, Ripol.—*Elche*, Ibarra.—*Ferrol*, Tajonera.—*Granada*, Zamora.—*Gijon*, Marina.—*Habana*, Charlain.—*Huelva*, Osorno é hijo.—*Huesca*, Guillen.—*Jaen*, Calle.—*Jerez*, Bueno.—*Játiva*, Belber.—*Leon*, Parcero.—*Lérida*, Rexach.—*Logroño*, Verdejo.—*Lugo*, Pujol.—*Lorca*, Delgado.—*Loja*, Cano y Cerezo.—*Lima*, Calleja.—*Málaga*, Medina, Aguilar, Moya.—*Murcia*, Santamaría.—*Mahon*, Vinen.—*Oviedo*, Alvarez.—*Orense*, Perez.—*Ocaña*, Calvillo.—*Osuna*, Moreti.—*Pamplona*, Ochoa.—*Palencia*, Camazon.—*Palma de Mallorca*. Gelabert.—*Puerto de Santa María*, Valderrama.—*Plasencia*, Pis.—*Pontevedra*, Cubeiro.—*Ronda*, Moreti y Lombera.—*Requena*, Penen.— *Reus*, Molner.—*Rivadeo*, Fernandez Torres.—*Rioseco*, Pradanos.—*Sevilla*, Hidalgo.—*Santiago*, Calleja y Compañía.—*Salamanca*, Blanco.—*Santander*, Carabantes.—*San Sebastian*, Baroja.—*Soria*, Perez Rioja.—*Santo Domingo de la Calzada*, Regidor.—*San Lucar*, Esper.—*Segovia*, Alonso.—*Santa Cruz de Tenerife*, M. Ramirez.—*Talavera*, Sanchez Castro.—*Tarragona*, Aimat.—*Toledo*, Hernandez.—*Tortosa*, Miró.—*Tolosa*, Lalama.—*Teruel*, Baquedano.—*Valencia*, Navarro.—*Valladolid*, Rodriguez.—*Vitoria*, Echavarría.—*Vigo*, Fernandez Dios.—*Villanueva y Geltru*, Pers y Ricart.—*Ubeda*, Franco y Compañía.—*Zaragoza*, Yagüe y Viuda de Heredia.—*Zamora*, Escobar y Pimentel.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 24.
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.